

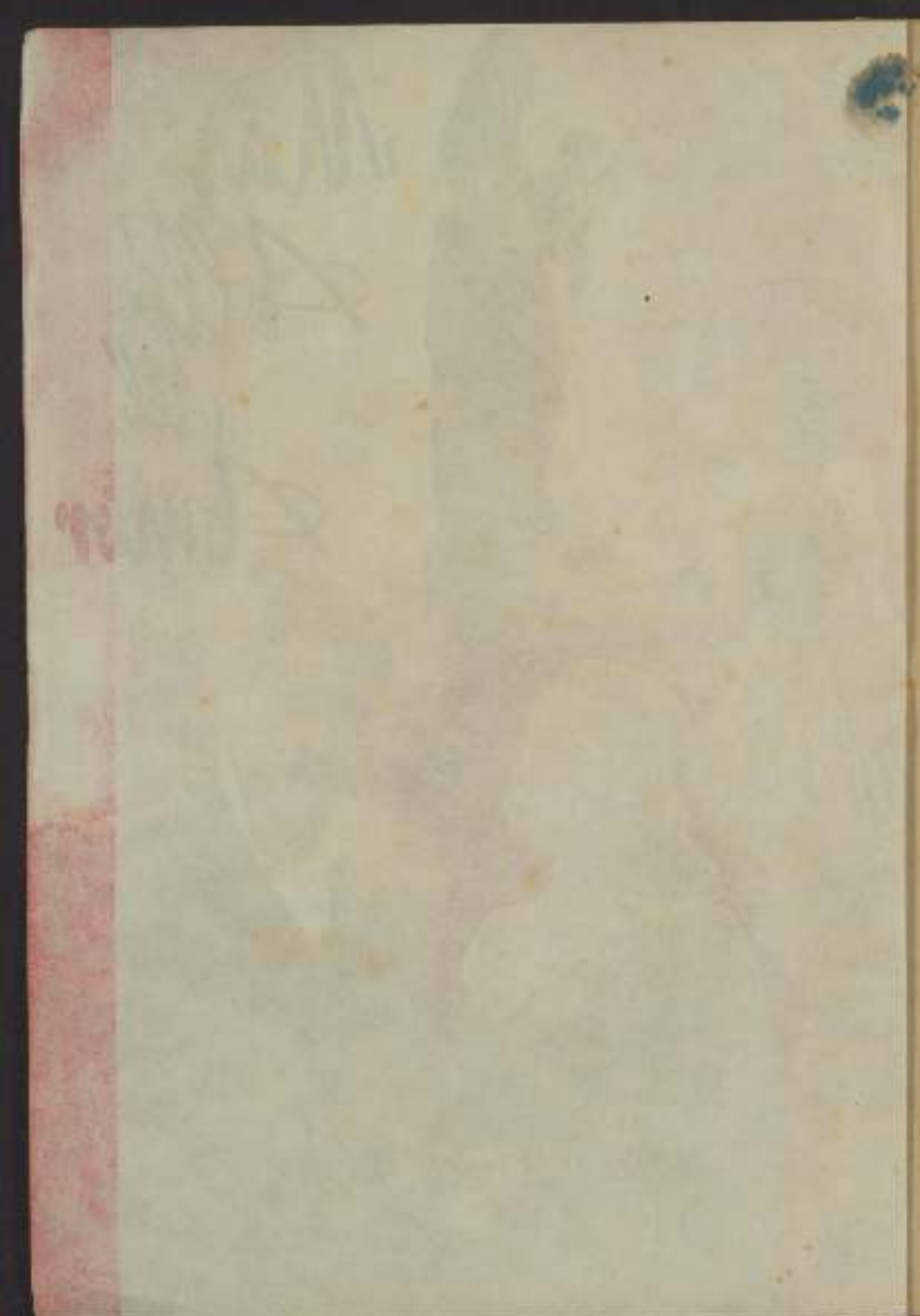


Más Allí del Amor



Agustín
Herrera

Agustín
Herrera



Ediciones Bistagne

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

MAS ALLA DEL AMOR

Magnífico asunto dramático, de ideal patriótico y abnegación

Dirección

CARMINE GALLONE

Música

GIUSEPPE VERDI

Producción

GRANDI FILM STORICI

Es una exclusiva



PERSONAL TECNICO

Supervisor:	Federico Curioni
Jefe de producción:	Nino Ottavi
Cámara:	Anchise Brizzi
Decorados:	Guido Fiorini
Dirección musical:	Luigi Ricci
Sistema de sonido:	R. C. A. Photophone
Estudios:	Cinecittà, de Roma
Orquesta y coros:	Teatro Real de la Opera, de Roma

PRINCIPALES INTERPRETES

ALIDA VALLI
AMADEO NAZZARI
Germaine Aussey
Camillo Pilotto
Lauro Gazzolo
Osvaldo Valenti
Aurel M. Millos
Attilia Radice

(Placenta ballarina
del teatro de la Ope-
ra, de Roma)

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Más allá del amor

Argumento de la película

CAPITULO PRIMERO

Vanina Vanini de San Clemente

El duque Roberto Vanini, viudo, sólo tenía una hija: Vanina, considerada ya desde algún tiempo por la elegante juventud de Roma como una de las más encantadoras y bellas muchachas.

Por consiguiente, puede juzgarse la alegría con que todos, y ella también, esperaban el baile de los Condes Savelli Catanzaro, donde había de hacer su entrada oficial en sociedad.

Corría la mitad del siglo XVIII, y estaban en boga la ancha falda y el amplio escote en las damas, la casaca y peluquín en los caballeros, y cabalgaban los saraos a lo más del cotillón francés.

* * *

Aunque ello no tenía mayor importancia, Vanina guardaba cama desde varios días, reponiéndose de una fiebre intermitente. Pero ya se consideraba bien y quería vestirse para asistir al baile. No había contado con la oposición de Elisa, el ama de gobierno, que se resistía a consentir lo que consideraba una locura.

—Se trata del primer baile al que asisto—insistía Vanina.

—Pero aun estáis enferma. Vuestro padre, el señor Duque, lo ha dicho.

Vanina Vanini trataba de convencerla:

—Mi padre, cuando se trata de mí, es muy exagerado.

Elisa, tomando a lo vivo su papel de dueña, cortaba toda posible salida:

—Debéis reconocer que no estáis buena.

—Un poco de frío a la garganta, unas décimas de fiebre; eso no es grave. Ya estoy curada por completo. Convénosce.

—Lo difícil será convencer al señor Duque.

Y aún más difícil persuadirle de que no había habido amaño ni componenda, y que ni ella ni el resto de la servidumbre, si el caso llegaba, tenían arte ni parte en la cuestión.

La muchacha, sentándose en la cama, intentó el soborno:

—Si después de marcharse mi padre al baile de los condes Savelli Catanzaro, saliese yo sola, ¿qué dirías tú?

Elisa se llevó las manos a la cabeza, presa de verdadero terror.

—¡Por caridad, no lo digáis ni en broma!

—Soy capaz de salir, ¿no lo crees?

—¡Ah, lo sé, lo sé; pero no debéis hacerlo! Es mejor que estéis aquí abrigada; así os curaréis más pronto.

Intentó arroparla de nuevo, pero Vanina rehusó.

—Te he dicho que ya estoy bien.

—El señor Duque ha dicho...

—Tenéis todos un miedo terrible al señor Duque... ¡Y pensar que

no hay en el mundo hombre más bueno que mi papá! No es capaz de hacer daño a una mosca.

—No obstante, esta noche te quedarás en casa—dijo el padre de la gentil duquesita, que en aquel momento entraba en la habitación para despedirse de su hija, vestido ya para acudir al baile.

—¡Qué elegante estás!—le respondió ella besándole.

—Vanina, abrigate, vas a enfriarte.

La joven hizo gala de todas sus seducciones para que su padre la permitiera acompañarle.

—Papá, papá, sé bueno. Dame la satisfacción de aparecer en el baile de tu brazo.

El Duque afirmó secamente que no, y Vanina saltó de la cama como la cosa más natural del mundo.

—Ya sabía que me dirías que sí.

—He dicho que no—insistió el padre.

—Pero vas a decir que sí, te lo leo en los ojos. ¡Cuánto te quiero! ¡Cuánto!—exclamó Vanina, contando ya con aquel dominio, con que su padre no sabía resistir nunca en firme sus caprichos—. Pronto, Elisa, ayúdame, si no llegaremos tarde. En un minuto estoy vestida.

* * *

Mientras, en el palacio Savelli Catanzaro crecía por momentos la animación.

Hacían los honores a sus invitados el propio Conde, nombrado ministro de Policía el día antes, solterón recalcitrante a pesar de los buenos partidos que había encontrado en la vida, y sus sobrinos: Lívio, recién llegado de Londres, donde había estado ampliando sus estudios, y la princesa Tellesqui, dignidad nobiliaria perdida en el transcurso de generaciones y que ella conservaba como gala de sonrida que no se avenía a perder sus resonancias.

Lívio, entre un grupo de damas, explicaba:

—En Londres el color de moda es el morado. Es un color que a mí me encanta.

La charla de Lívio debía de aburrir bastante a las señoras, porque, sin prestarle mayor atención, comenzaron a hacer comentarios sobre trajes de sus amigas y los invitadas que faltaban por llegar.

—Esta noche, no vendrá Vanina Vanini—dijo una.

—¿Por qué?—preguntaron las demás.

—Creo que está un poco enferma.

Lívio se interesó también.

—¿Que está enferma Vanina?

—¡Oh, nada grave!—agregó la portadora de la noticia.

Quedó triste el joven.

—¡No vendrá!... Yo que había titulado el cotillón "Sa première danse". Perdóneme, voy a avisar a mi tío.

Las señoras siguieron comentando:

—Don Lívio está enamorado de veras de Vanina.

—Mirad, ahí está la princesa Tellesqui—indicó otra a las amigas que no la conocían personalmente.

—¿Cuál es? ¿Cuál es?

—La que habla en este momento con el conde Savelli.

* * *

—Imagino—decíale la Princesa a su tío—que el nuevo cargo te dará grandes molestias.

—¿Ministro de Policía? Mayor desgracia no podía ocurrirme.

Lívio se acercó compungido a sus familiares.

—Tío, Vanina Vanini no vendrá esta noche.

—¿Que no vendrá?

—Y, naturalmente, te desesperas—exclamó burlesco su primo.

—Sí, sobre todo por mi cotillón.

La Tellesqui no pudo contener la risa, y pidió perdón al Conde

por aquella falta de respeto. Después se reunió con sus amigas, dejando en libertad a su tío, a quien todos daban la enhorabuena por su reciente nombramiento.

El que no se despedaba de su casaca era Livio.

—¿Qué podemos hacer, tío?

—¿Para qué?

—Para que se baile mi cotillón.

—¡Hombre, déjame tranquilo con tu cotillón!—le regañó el conde Savelli, cansado de tanta monserga.

Pero Livio siguió insistiendo:

—No comprendo cómo no te importa. Estoy enamorado.

—¿De quién?

—De Vanina—declaró el joven.

—¡Tonterías!... y no sé realmente qué decirte. Eres un buen chico, no hay duda. Sabes hacerte magníficamente el nudo de la corbata, sabes tirar a esgrima, tienes una letra aristocrática de primerísimo orden; pero eres tan pobre de inteligencia, que no habrá muchacha de talento que te acepte por marido. ¡Estoy completamente seguro!

El joven también lo creía así, y hubiera empezado con una nueva sarta de lamentaciones de no haberle dejado suspenso la voz de un criado anunciando a Su Excelencia

el duque Roberto Vanini y su hija Vanina Vanini de San Clemente.

No supo sino doblar su rodilla ante ella.

—Perdón—le dijo—. El destino ha querido que caiga a vuestros pies, y quisiera permanecer así toda la vida. Concededme el primer baile.

Su tío procuró salvar lo ridículo de aquella situación:

—Livio, ¿cómo? ¿Olvidas la etiqueta? ¿Dí?... El primer baile corresponde al dueño de la casa, ¿no lo sabes?

El joven se levantó pidiendo mil perdones, al tiempo que se iniciaba el baile.

* * *

El Conde comenzó el vals con la muchacha, y, tras unas frases de cumplido, quiso con unos circunloquios averiguar si en ella había encontrado algún reflejo el enamoramiento de su sobrino.

—Sois encantadora, Vanina... Feliz el hombre que sea vuestro esposo.

—Os engañáis, Conde. Mi padre dice que soy una caprichosa, petulante, y que siempre quiero imponer mi voluntad.

El Conde cedió su pareja a otro caballero.

—Nos habéis hecho sufrir esta noche—dijo éste a Vanina.

—¿Por qué?—preguntó ella.

—Se decía que no ibais a venir.

—Poco ha faltado, es verdad.

—Nos hubieseis estropeado la fiesta.

—Yo hubiese sido la más perjudicada. Me divierto tanto... ¡Soy tan feliz!

Realmente lo era. Su entrada en sociedad estaba siendo un triunfo completo. Todos se desvivían por agasajarla y atenderla, y era allí, ella, el aliciente principal de la reunión.

Nadie hubiese podido creer que acababa de levantarse de una enfermedad, dado lo ágil y ligera que se encontraba. No perdía un baile.

—Habéis hecho latir muchos corazones esta noche, ¿eh?—decíale ahora su galán—. Y el vuestro... ¿por quién palpita el vuestro?

—Por nadie.

—¿Es posible?

—De veras.

—Os gusta hacer sufrir a los hombres, ¿no?

—Al contrario—aclaró Vanina Vanini—. El día que me enamore, será para toda mi vida.

—Eso se dice siempre.

* * *

En la danza continuada y en el cambio de parejas, Livio se quedaba casi siempre libre.

—No dices una palabra—le hizo notar su prima—. No te hace caso, ¿verdad?

—Ya lo ves. Pero es que no sé qué decir.

María Tellesqui le aseguró que estaba muy cansada, y que se retiraba.

—¿Cómo? ¿No esperas mi cojillón?

—No, gracias. Ya lo tienes dedicado.

—¿Te puedo acompañar?

—No es necesario. Buenas noches...

* * *

Aquella retirada no pasó por alto a muchos ojos, y varios grupos de señoras encontraron un nuevo y sabroso motivo de murmuración.

Fueron pasándose cautamente el aviso de unas a otras.

—Mira, la Tellesqui ya se va.

—Se habrá visto en peligro. Por primera vez en su vida no ha sido proclamada reina de una fiesta, y levanta el campo.

—¿Aludes a Vanina?—preguntó el corro.

—Vanina es más joven, si no

más bella, y triunfa naturalmente.

La maledicencia tomó mayor brío.

—Pero verse destronada por la hija del hombre que tiene amores con ella debé de ser muy molesto.

—¿Amores? Me parece que María quiere terminar con Vanini.

—¿Y él?

—¡Ah, el Duque, como está tan enamorado, sería capaz de cualquier cosa por ella!

Roberto Vanini, que no la perdía de vista tampoco, salió al paso de María Tellesqui.

—¿Por qué os vais?

—Os lo he dicho, me parece.

—¡María!

—Espero que no me hagáis también aquí una violenta escena de amor.

—No comprendo este comportamiento vuestro—inclinó aturrido el enamorado Duque.

—Todo tiene fin en este mundo. Hay que saber resignarse.

—¡María, escuchad!

—Os suplico que me dejéis saludar a mi tío. Buenas noches.

Dió por terminada la conversación, dejando suspenso el ánimo del duque Vanini, y María abandonó la fiesta después de anunciar a su tío esta determinación, retirándose sola a sus habitaciones, instaladas en un ala independiente

del propio palacio del conde Savelli Catanzaro, ala que ocupaba ella sola en atención a su edad y alcurnia.

* * *

Entre tanto, Livio tuvo ocasión de iniciar la conversación y el baile con Vanina, a la que confesó el amor que por ella sentía, declaración que hizo reír ingenuamente a la bella festejada.

—Os juro que os amo. No debéis reiros.

Vanina comenzó a engañar lindamente al joven y a hacerle sufrir.

—Si es cual me decís, debemos hablar en serio.

—Naturalmente —prometiò, esperanzado, Livio.

—Veamos. Decidme si os gusta la vida pacífica.

—Es mi ideal.

—Muy bien... Preocupaciones intelectuales con vos, ninguna, ¿verdad?

El joven aseguró que no.

—Solamente fiestas mundanas. En consecuencia—siguió preguntando ella—, ¿ningún riesgo ni peligro?

—No comprendo.

—¿Sabéis que hay quien ama, por ejemplo, las aventuras?

Livio la miraba, verdaderamente extrañado por el cariz que iba tomando aquel interrogatorio.

—¿Qué aventuras?

—De cualquier clase. Para dar de vez en cuando un poco de movimiento a la existencia.

—Podéis estar bien tranquila. Yo, no. Como veis, estamos hechos verdaderamente el uno para el otro.

Vanina descubrió ya su hábil juego.

—Os engañáis. Todas las cosas que vos aborrecéis, yo las adoro.

Livio dió toda clase de excusas, hizo los mayores propósitos de enmienda, anunció estar dispuesto a todo cambio, pero ella no lo aceptó.

—Demasiado tarde — dijo. Y agregó, al verle tan decaído que ni el trenzado de la danza atinaba—.

Vamos, don Livio, bailad bien, si no vais a perder la reputación.

El baile, que en general seguía muy animado, paró de pronto ante el estampido de un cañonazo.

—¿Qué puede ocurrir? — preguntó el ministro de Policía.

Alguien pronosticó, acertando en el vaticinio, que era la señal de que un preso se había fugado del castillo de Sant'Angelo.

El conde Savelli rogó a todos que le perdonaran unos momentos, pues, en atención a su nuevo cargo, tenía que informarse de lo ocurrido y actuar. Acudió presuroso a su despacho, donde empezó a dictar disposiciones.

Mientras, la fiesta continuaba, cada vez más bulliciosa y divertida.

CAPITULO II

Pedro Mirilli

La evasión fué notada en el castillo a los pocos momentos y, en seguida de darse la señal de alarma, ya estaba la guardia prevenida para salir en busca del fugitivo.

Era éste un preso político llamado Pedro Mirilli, a quien se consideraba jefe de una organización denominada de "patriotas" y cuya finalidad era la lucha por la unidad de la Monarquía italiana.

Salió la fuerza en distintas direcciones, y el grupo que remontó el curso del río pudo divisar a lo lejos al evadido. Se hicieron sobre él varios disparos, de los que milagrosamente le libraban los salientes rocosos del terreno; mas al cabo lograron herirlo en el hombro y brazo izquierdo, lo que acortó la distancia entre Mirilli y sus perseguidores.

Tuvo que cuidar más éste de defenderse en los recodos y sinuosidades del terreno que mediaba entre el castillo y las propiedades particulares, y llegar con habilidad a

una lucha cuerpo a cuerpo con sus primeros perseguidores, para conseguir otra vez la distancia primitiva. Lo logró arrojando al río a tres soldados, a quienes tuvieron que detenerse a salvar sus compañeros; luego avanzó hasta la verja de un jardín próximo y consiguió descolgarse con facilidad a su interior.

Se dirigió a la casa, fué saltando algunos balcones, y al fin penetró en una estancia donde se distinguía luz.

Era una de las habitaciones de María Tellesqui, donde ésta, que ya se había retirado del bañe, se entretenía leyendo un libro.

—¿Quién es?—preguntó al oír ruido.

Pedro se adelantó hacia ella.

—No tengáis miedo. No soy un malhechor. Dadme un poco de agua. No os voy a hacer ningún mal.

—¿Fugitivo del castillo de Sant' Angelo?

—Agua... un vaso de agua, os lo suplico—siguió pidiendo el herido.

Maria le hizo sentarse en una butaca, le dió de beber y después atendió su herida.

—Os vais a desangrar. A ver, tratad de vendaros con esto... ¿Condenado político? —preguntó de nuevo mientras preparaba las cosas—. Evidentemente, no sois afortunado. ¿No sabéis dónde estáis? En el palacio Tellesqui. Mi tío ha sido nombrado ayer ministro de Policía. ¡Pero, vamos, vendaos!—le repitió al ver que continuaba quieto.

Pedro le indicó que no podía, y comenzó ella misma a vendarle la herida.

—¿Duele mucho?

—No—afirmó Mirilli, aunque los gestos de dolor que su cara reflejaba demostraban todo lo contrario.

—¿Cómo pensabais escapar a la persecución de la policía?

—Mis amigos...

—¡Vuestros cómplices! —profi-
rió Maria, casi como un insulto.

—Mis amigos me hubieran ayudado.

—¿Y por qué habéis huído?
¿No están los vuestros siempre dispuestos al sacrificio?

—Porque mi vida es más nece-

saria que mi muerte—dijo el hombre, inclinando hacia el suelo su cabeza con la seguridad de que sus palabras no iban a ser creídas.

Así fué, a juzgar por la réplica de la mujer.

—¡Ya! O porque la muerte, en el momento decisivo, asusta demasiado, ¿verdad?

Atado el vendaje, Pedro se levantó del asiento.

—Gracias; me marchó, pues me habéis acusado de bellaquería.

Tellesqui quiso impedirlo.

—Es una locura. Si os marcháis, os apresarán.

—De todos modos, no podré estar aquí toda la vida.

—Naturalmente —asintió Maria—. Pero tampoco puedo dejaros salir ahora. Sería responsable de vuestra detención, y esto me repugna. Esperad, esperad...

Le dejó otra vez sentado en la butaca, escribió unas líneas con rapidez y, personalmente, salió en huaca de un criado para que se las llevara al duque Roberto Vanini.

* * *

El ministro de Policía quedaba informado entonces de cuanto había ocurrido. Su secretario acababa de darle amplios detalles.

—¿Se llama Pedro Mirilli?—

repetía el Conde, como si quisiera grabar bien en su memoria este nombre.

—Sí, y es el más peligroso de todos.

—¿El más peligroso?... Pues tenemos que encontrarlo a toda costa.

—Se hará lo necesario, Excelencia.

Quiso darse más garantías para ello, y ordenó que se pusiera precio a su cabeza.

—Así se hará—aseguró el secretario.

—¡Hum!—murmuró el ministro paseando nervioso rumiando las consecuencias de tan notable evasión—. ¿Dónde se han perdido exactamente las huellas del fugitivo?

—En el parque de la villa Tellesqui.

Preguntó si se había registrado el parque por entero.

—No hemos querido molestar a la sobrina de Su Excelencia—indicó el secretario.

El Conde se enfureció.

—¿No queríais molestar a mi sobrina? ¡Ah, bien! Es inverosímil. A quien se le cuente, creería que no es verdad. No os importe molestar a mi sobrina. Hay que molestarla. ¡Sin miedo!

—Como ordene Su Excelencia, iba ya a retirarse para dar cum-

plimiento al mandato del ministro de Policía, cuando éste le llamó de nuevo.

—¡Ah, decidme! ¿Cuántos prisioneros peligrosos se han escapado de Sant'Angelo estando el otro ministro?

—Ninguno, Excelencia.

—¿Ninguno? ¿De veras? Yo soy ministro desde hace veinticuatro horas, y ya se me ha escapado uno.

"Y pensar que no dejo de recibir felicitaciones", comentaba entre sí, mientras la gente a su servicio salía para continuar la práctica de diligencias.

* * *

Para una gestión contraria, llegaba a la misma hora a la fiesta el criado de María Tellesqui, quien advirtió al duque Vanini su presencia.

—¿Qué ocurre?—preguntó reuniéndosele.

—Traigo un mensaje, Excelencia.

El Duque lo leyó rápido.

—Está bien. Decid a la Princesa que voy al momento. Que preparen mi carroza.

Livio le sorprendió a los pocos instantes en plan de marcha.

—¿Nos dejáis ya, Duque?

—Sólo por unos momentos.

María inspeccionaba desde el ventanal la llegada del Duque, pero se alarmó al ver que se anticipaban las rondas de vigilancia.

—Los soldados del castillo. Apagad las velas, ¡pronto!

Pedro cumplió el mandato, aunque convencido de que todo iba a resultar inútil.

—Lo agradezco, pero no creo que pueda escapar.

Ella le señaló la puerta de su tocador.

—Ocultaos ahí. No me conocía. No soy mujer que se rinda tan pronto. ¡Todo esto me divierte tantísimo! ¡Qué cara pondrá mañana el ministro de Policía cuando le digan que el fugitivo es invisible! ¡Y no se podrá figurar que esta broma se la he gastado yo!

Volvió a mirar por el balcón, y se alegró al ver entrar en el parque el coche del Duque.

—Vos no sabéis lo que arriesgáis con esta comedia—insistió Mirilli.

—Nada. ¡Veréis!... Ya está aquí el Duque.

—¿El Duque?—repitió el evadido, pensando en qué nuevos personajes iban a tomar parte también en la referida comedia.

—¡Chass!—le ordenó imperativamente—. Escondete en mi tocador. Vamos, haced lo que os digo,

pero de prisa; no hay tiempo que perder. ¡Pronto!

Se arregló un poco la Princesa, y acudió a recibir al Duque. Su gesto de enfado de momentos antes había desaparecido, y ahora ponía en juego una coqueta complacencia.

Le explicó cuanto había ocurrido y su deseo de proteger a Pedro Mirilli. Le hizo notar lo difícil que para ella resultaba mantenerlo en sus habitaciones por más tiempo, y le pidió que se lo llevase a su casa hasta encontrar ocasión propicia en que pudiera salir de la ciudad.

El Duque trató de negarse, pero hubo de aceptar sin graves queiebras el deseo de su amada.

Pusiéronse de acuerdo en los detalles, con el fin de llamar lo menos posible la atención de la policía, que había acordonado ya el jardín, y, avisado Pedro, se vistió apresuradamente unas ropas de mujer y salió con el Duque, subiendo ambos al coche.

Los oficiales, una vez distribuidas las fuerzas, se preocupaban mientras tanto de dar cumplimiento a la orden del ministro de Policía.

—Voy en seguida a avisar a Su Excelencia, ya que hemos de vigilar el parque y registrar todo el palacio.

Pero, casi sin haberle oído hablar, pasó el coche junto a ellos.

—¿Es la Princesa? —preguntó el que iba a dar el aviso.

—No; es Su Excelencia el duque Vanini—respondió otro oficial.

—Va una mujer con el Duque—agregó, dudando todavía.

—Una amiga quizás...

Y así pasaron el tiempo en busca inútil. Aunque les dieron toda clase de facilidades, el evadido del castillo de Sant' Angelo no pudo ser hallado.

* * *

La comedia, de tintes dramáticos, seguía resolviéndose musicalmente en la parte opuesta del castillo, y Livio animaba la fiesta con toda clase de diversiones y juegos aprendidos en Inglaterra.

Dando instrucciones desde el centro del salón, organizaba una nueva pavana.

—Cada dama dará su abanico a un caballero, pero éste no será el preferido, y la dama bailará con quien elija. El que haya recibido el abanico abanicará a la dama y al caballero mientras bailan. Vais a ver que se trata de una cosa verdaderamente divertida.

Comenzó el movimiento, y Vanina se apresuró a entregarle su abanico para librarse de bailar con él.

Púsose a bailar con otro caballero, tan admirado de sus encantos como la mayoría de los que mariposeaban por allí.

—Estoy seguro de que en vuestra vida habrá alguna cosa más bella que esta fiesta—le decía.

—¿Qué es ello?

—El amor, Vanina.

A la muchacha le importaba demasiado el tema para irlo malgastando aquella noche en sutilezas y, en vez de responder, se limitó a buscar con la mirada a su padre, a quien hacía bastante rato que observaba alejado.

—No veo a mi padre, ¿dónde estará?

Afortunadamente, Livio sabía algo y pudo acallar su preocupación.

—Es posible que ya haya regresado.

—¿Había salido?

—Sí, hace más de una hora.

A Vanina le causó extrañeza aquella salida, pero no hizo comentario de ninguna clase.

Antes de terminar el baile, lo vió de nuevo en el salón, y corrió a su encuentro.

—¡Ah, allí está! Hasta ahora—dijo, desprendiéndose de su pareja.

—Os espero—aseguró el galán.

Vanina abrazó a su padre, contentísima, y se sentó junto a él.

—Papá, ¿dónde has estado todo este tiempo?

—He tenido que regresar a casa un instante. Me había olvidado de dar una orden.

—¿Una orden? ¿De noche?

—Pues sí, hija, sí.

No lo veía claro; pero verdad sería cuando su padre lo aseguraba. Y, para alejar preocupaciones inútiles, comenzó a referirle las distracciones más salientes de aquella noche.

—¡Qué fiesta tan maravillosa, papá! Ya te lo contaré todo.

El Duque la cogió del brazo, haciéndola levantarse.

—Tenemos que irnos. Es muy tarde. Casi es de día, ¿sabes?

—¡Qué lástima!—pensó la muchacha al ver que terminaba su noche triunfal.

—Vamos...

—¿Permitiréis al menos que os acompañe hasta vuestro coche?

—preguntó Livio devolviendo a Vanina su abanico.

—Sí, a condición de que no caigáis de nuevo a mis pies.

Se apoyó en su brazo, y salieron riendo.

Livio quedó en la escalinata hasta que perdió de vista el carruaje. Era adorable Vanina... ¿Por qué no habría de poder conseguir él su amor?

CAPITULO III

Un alegre amanecer

A Vanina seguíale bailando la alegría por todo el cuerpo al recordar, apretujada en el fondo del coche, lo feliz que había sido en aquellas horas de fiesta. Por otra parte, se encontraba perfectamente y no había temor a regañinas ni a nuevos cuidados especiales que la retuvieran en cama por segunda vez.

Al parar el coche en el patio central del palacio Vanini, la muchacha saltó ligera, aspirando con deleite la brisa refrescante de la madrugada y admirada de la fisonomía y contorno de las cosas a tales horas.

—Mira, papá. Ya empieza a amanecer. No había visto nunca el alba...

—Porque eres una dormilona y te levantas muy tarde.

Echaren a andar los dos hacia el interior del edificio; pero Vanina, que no se cansaba de admirar los efectos maravillosos de contraluz que reflejaban aquellas vetustas

piedras de su palacio en la gaja magnificencia de la aurora, descubrió una luz encendida en una de las ventanas altas de la casa, y llamó la atención de su padre.

—¿Quién habrá allí?

—¿Dónde? — preguntó el Duque, como si no reparara en el hecho a que se refería su hija.

—En el departamento que está sobre el mío. Esa parte de la casa siempre ha estado cerrada.

—No sé. Quizás algún criado. No tiene importancia. Vamos a dormir, hija, que es muy tarde.

Vanina no dijo más, y siguió a su padre, pero conjeturó que aquella circunstancia anormal, que no sabía a qué causa podía obedecer, bien pudiera ser el motivo que le obligara en la fiesta—según confesión de aquél—a regresar a casa.

Al poco rato, mientras rezaba, como todas las noches, ante la Virgen, Vanina oyó rumor de pasos en el pasillo y se apresuró a abrir

con cautela la puerta, para ver quién era.

No se asombró al comprobar que era el Duque, y que se dirigía hacia las habitaciones superiores. Sus presunciones resultaban fundadas. Le siguió cautamente, para no llamar su atención. Ya en el pasillo del piso de arriba, le vió entrar en una habitación, a la que Vanina se acercó, observando que la puerta había sido cerrada; entonces retrocedió hasta la terraza, recordando que todas aquellas piezas tenían comunicación abierta con la misma.

Tardó un poco en orientarse, pues no frecuentaba nunca aquellas salas y, además, la luz que pudiera servirle de referencia ya había sido apagada.

Cuando llegó a la estancia que llamaba su atención, su padre había salido ya.

La habitación estaba desmantelada. Una cama sobre la que había un hombre tendido, una mesita pequeña y unas sillas constituían todo el mobiliario.

La sorpresa la paralizó un poco, pero, como le oyerá quejarse, no tuvo valor para retroceder sin prestarle los auxilios que pudiera.

Avanzó resuelta, y quedaron fijos en ella los ojos del hombre, que no era otro que Pedro Mirilli, el

fugitivo del castillo de Sant'Angelo.

—¿Quién sois?—le preguntó al verla—. ¿Os ha mandado el Duque? ¿Me tengo que ir? Probaré...

Intentó incorporarse, pero se desplomó nuevamente sobre la cama.

—No puedo... Es la fiebre... La herida que...

—¿La herida?—dijo la muchacha aproximándose más y contemplando su vendaje todo él empapado y medio suelto—. Debéis de haber perdido mucha sangre.

—Sí. Me duele mucho... Quedaos, no me dejéis, no quiero morir solo.

—Pero, ¿no ha venido un médico?

No alcanzaba a comprender cómo estaba allí aquel hombre, y tan falto de toda asistencia cuando tanto la precisaba.

—No. ¿No os ha dicho el Duque que nadie debe saber?...

Vanina le atajó rápida, para que no se fatigase hablando.

—No, mi padre no me ha dicho nada.

—¿Vuestro padre?

La muchacha quiso explicarle su presencia allí:

—He venido empujada por la curiosidad, una tonta curiosidad. Perdonad. Hubiese debido respetar

el secreto de mi padre, pero ahora no puedo dejaros solo. ¿Qué podré hacer por vos?... Decid... ¿Por qué no respondéis? ¿Por qué cerráis los ojos? ¡Dios mío, qué miedo!

Temió por un momento que aquel hombre se muriese entonces, en su presencia, y se puso a abrigarlo mejor con las mantas que lo cubrían.

Pedro reaccionó.

—Sois muy buena. Gracias.

Vanina recobró de nuevo su entereza.

—No puedo dejaros así. Hacen falta vendas y medicinas. Volveré. Vuelvo al momento.

Bajó con el mismo cuidado que subiera, para buscar cuanto precisaba, tocada en el alma por el sentimiento de la compasión. No tardó en regresar, y, al poco rato, aliviado el enfermo por la nueva cura, reposaba tranquilo, y Vanina dormía feliz por haberse ejercitado en una santa obra de caridad.

* * *

* * *

Pero no todos descansaban aún, y eso que ya había roto el día. El ministro de Policía despachaba de nuevo con su secretario, informándose de lo infructuoso de las pes-

quisas realizadas para capturar al fugitivo.

Comenzó a sacar las consecuencias de todo ello.

—Las manchas de sangre se pierden a la entrada del parque de mi sobrina, ¿verdad?

—Exactamente.

—Pero, a pesar de todas las pesquisas efectuadas, ¿del evadido, no hay ninguna huella?

—Ninguna. La Princesa, con gran amabilidad, nos ha permitido visitar todas las habitaciones, la cueva, los desvanes, y, por último, figuraos, Excelencia, hasta su dormitorio.

—Es extraño. Hay que convenirlo; es verdaderamente extraño.

Como diligencia de cierre a las actividades de aquella noche, ordenó que se continuaran los registros y la publicación de un bando imponiendo severas sanciones a las personas que encubrieran al titulado "patriota" fugado de San Ángel.

Vanina despertó muy pronto, y su padre sonrió al verla, creyendo que ella obedecía a su broma de la noche anterior.

—¿Cómo tan madrugadora? Te

has acostado tardísimo, y ya estás en pie.

—Ya ves, papá — contestó la muchacha devolviéndole la sonrisa con un beso de afiadidura—. A veces, el cansancio excesivo no deja dormir. ¿Y tú?...

—Yo salgo siempre pronto, no hago lo que tú. Hasta luego, hija mía.

Tan pronto como vió marchar a su padre, subió a la habitación de Pedro.

Se saludaron con un gozoso "buenos días".

—¿Cómo estás esta mañana? Mejor, ¿no es verdad?

—Mejor, gracias.

—¿Todavía os duele mucho el brazo?

—Un poco menos — repuso; y agregó Mirilli—: Sois muy valiente. ¡Y qué bien sabéis curar! Yo soy médico y no lo haría mejor.

—¿Médico?

Era el primer antecedente que tenía de aquel hombre, a quien encontró herido en su propia casa.

—Sí, de Milán.

—Ahora comprendo que me indicáis cómo había de vendaros.

—Pero esta delicadeza de hermana de la caridad no es la he enseñado yo.

Hizo una pausa, y prosiguió:

—Decid, ¿no tenéis miedo de mí?

—¿Y por qué he de tener miedo?

—Porque todo el mundo teme a los nuestros, como si fuéramos bandidos.

Vanina se acordó entonces del cañonazo que les había sobresaltado en el baile, y de los comentarios que oyera sobre la posible fuga de un preso del castillo de Sant'Angelo. Le miró aún más compasivamente.

—En todo caso, ahora estáis en la imposibilidad de hacer nada malo; y cuando estéis curado del todo ya no tendréis necesidad de mí.

—Puede ser que pronto dejéis de curarme.

—Y ¿por qué?

—Si vuestro padre llega a sospechar, os impedirá que vengáis a verme.

—Ya procuraré que no pueda enterarse. ¡Pobre papá! Es la primera vez que le oculto una cosa.

—Sois un ángel.

La muchacha encontraba un atractivo y una bondad especial en aquel hombre, que era simpático, joven, valiente y culto.

—Decidme una cosa. ¿Vuestra familia, no estará inquieta por vos?

—No tengo a nadie.

—Es claro. Si tuviereis una madre, puede que no estuviereis aquí en este momento.

Pedro denegó.

—Os engañáis. Hay quien deja a su madre, su mujer y sus hijos por hacer lo que yo he hecho.

Pensó la joven para sí en la falta de corazón de quienes pudieran obrar de tal manera, y Mirilli agregó, adivinando aquellos recelos:

—Vos no sabéis todo lo que significa para nosotros Italia.

Volvió a recordar Vanina algunos otros comentarios de la noche anterior: el evadido era un preso político, y se llamaba Pedro Mirilli.

Su corazón se inflamaba de un afecto y consideración especiales.

Comenzaba a sentir como suya las penas y el dolor de Pedro.

—No habléis demasiado—le dijo—, si no, volverá la fiebre alta. Debéis descansar.

—¿Os marcháis ya?

—No. Me quedaré aquí a hacer os compañía.

Y, mansamente recogida, le vió poco a poco cerrar los ojos y quedar dormido.

Ella veló su sueño con ternura de enamorada.

El alegre amanecer en que desde el patio central del palacio vió arder una luz en aquella abandonada habitación dió un nuevo rumbo a su vida. Y es que el encanto de la ilusión prendió en su alma, y floreció el amor en su dorada juventud.

CAPITULO III

¿De verdad me quieres?

Vanina apenas si salía de su casa escasos momentos. Todo el tiempo lo dedicaba a Pedro Mirilli, de quien se sentía cada vez más enamorada. Sabía—a su sagacidad de mujer no podía escapársele—que en Pedro prevalecían los mismos sentimientos, aunque luchaba por no exteriorizarlos.

No era extraño, pues, que Livio anduviese desasosegado en busca de una ocasión que le permitiera reiterar su cariño, a quien tan desprecupada le tenía aquel afecto.

Visitó a la princesa Tellesqui, seguro de que en casa de su prima encontraría al Duque, practicando al menos lo de adorar al santo por la peana, ya que no encontraba a la causa de su tormento.

Y, al margen de los comentarios que sobre ella y su retraimiento se hacían, Vanina era feliz atendiendo al cuidado de Pedro, cuya mejoría progresaba de día en día.

La muchacha interrumpió la lectura al final de un capítulo.

—No son muy divertidas "Las vidas paralelas" de Plutarco. Yo preferiría una novela bonita, ¿vos no?

Y agregó sin dar tiempo a una respuesta:

—¡Es inaudito! Hace mucho tiempo que estoy leyendo. ¿No os cansáis?

—No, no; nada de eso. Vuestra voz es para mí un sedante. ¿Sabéis que hace poco he probado a caminar un poco yo solo?

—¿Y habéis pedido?

—Ha sido un desastre.

La muchacha dejó el libro sobre la cama, y le invitó a andar de nuevo.

—Vamos a probar juntos esta vez. Levántaos.

A Pedro le costó gran esfuerzo mantenerse derecho.

—Es increíble, no consigo aún tenerme en pie.

—Poquito a poco — insistió ella —; dadme vuestro brazo.

Lo pasó alrededor de su cuello,

para que tuviera más firme apoyo, y fueron andando hacia la terraza.

—Esto marcha magníficamente. Dentro de poco, podréis caminar mejor que yo.

Mirilli se lamentó:

—Y entonces me tendré que ir.

—He dicho caminar, y vos corréis demasiado con la imaginación. Todavía falta tiempo.

—No tanto.

—Y, sobre todo, nada de imprudencias, ¿eh? Yo os diré cuándo estaréis en condiciones de emprender el viaje.

Sabía ya el rumbo que iba a emprender. Pedro le hizo esta confianza, seguro de que a nadie ni por nada lo habría de revelar.

Y él presentía que prolongar su permanencia allí era insostenible, que el Duque temía por su tranquilidad, y que pronto habría de abandonar el palacio Vanini.

* * *

A Roberto Vanini le molestaba además toda preocupación que sobre este asunto le viniera por parte de María Tellesqui, que de broma o en serio—él no sabía a qué carta quedarse—decía haber simpatizado con las ideas políticas de los "patriotas".

—Desde la noche que conocí a

ese Mirilli, siento más simpatía por esa gente.

—No digáis eso.

—¡Vamos!... No podéis negar que es un hombre interesante.

—¿Sí? Pues sabed que estoy decidido a que se marche.

María le asentaba con francos alardes de coquetería.

—¿Sin que yo pueda volver a verle? Ese Mirilli me ha hecho interesarme de una manera enorme en todos los asuntos de estos patriotas. Voy a ir a verle, por si al paso puedo curaros vuestros celos ridículos.

El Duque clamaba furioso que su visita sería inútil; que ya no le encontraría; que lo iba a hacer salir inmediatamente, pues no quería tener en su casa a un hombre que pudiera comprometerlo.

* * *

Después de almorzar, el Duque subió al cuarto de Pedro, arregladas como tenía ya todas las cosas, para darle el ultimátum.

—Saldréis mañana por la noche. Os pondréis el traje de pastor que os he preparado. —Al decir esto se refería a un envoltorio que tiró bajo la cama, y añadió—: Un rebaño pasará delante del palacio como por casualidad;

vos saldréis por la puertecita por la que os hice entrar aquella noche y os uniréis al pastor y a un hombre de confianza mía. Pero, oídlo bien: no quiero oír hablar de vos nunca más. Os he ayudado únicamente por sacar de un compromiso a una buena amiga mía. Hasta mañana; buenas tardes.

—Buenas tardes—repitió Pedro, aceptando de conformidad cuantas órdenes le habían sido dadas.

Por la noche acudió Vanina a verle, y se informó de lo ocurrido. Le parecía una cosa monstruosa aquella nueva fuga precipitada.

—Mañana por la noche... Pero eso no es posible.

—El Duque tiene razón. Ya me encuentro curado.

—Pero, ¿cómo vais a emprender el viaje en estas condiciones?

—Es necesario.

—Mi padre no comprende entonces todos los peligros que os acechan.

—¿Y cómo queréis que le importe a vuestro padre? La opinión que sobre la vida tiene el Duque es muy diferente de la mía.

Vanina se indignó.

—¡Ah, ahora no se trata de opiniones! Aquí se trata de humanidad, de solidaridad humana, se trata...—Sin poder continuar se arro-

jó en sus brazos—. ¡No, Pedro, no os debéis marchar!

—Gracias; me hacen mucho bien vuestras palabras; pero, ¿qué puedo hacer?

—Es preciso que no os marchéis... inventar algún pretexto.

Mirilli trató de consolarla.

—Pero, ¿qué pretexto? Veréis cómo no se puede encontrar. Es inútil, es inútil. No hay más que resignarse. No lloréis, Vanina.

—Perdonad — clamó la joven tratando de secar sus lágrimas —, no puedo evitar esta pena.

Pedro tampoco pudo resistir más, y dejó hablar a su corazón.

—Hace varias semanas que estoy luchando. Si me hubiese ido el primer día... El amor entre nosotros es imposible, Vanina...

—¿Por qué ha de ser imposible?

—La diferencia de nuestra condición, primeramente.

—Yo lograré convencer a mi padre a toda costa.

—No, no lo permitirá jamás— insistía Pedro.

Vanina Vonini tomó aquellas palabras como indicio de poco fervor.

—No me queréis como os quiero yo. Yo sí que soy capaz de hacer cualquier cosa por vos.

Mirilli le atrajo de nuevo hacia sí.

—Sois una pequeña sin experiencia, y es mi deber...

—Vuestro deber consiste en no dejarme, en no hacerme sufrir.

—¡Ah, eso no! Si es posible evitarlo...

—Si os hubiese curado una pobre mujer, encontraríais cualquier modo de recompensarla, ¿no? Sed bueno, y demostradme que sois agradecido. Concededme aún otro día.

No era ésta concesión que estuviera en la mano de Pedro Mirilli otorgar. ¿Qué más hubiera querido él que poder permanecer ya para siempre al lado de la amada?

Sus promesas fueron otras; promesas de cariño y de fidelidad; ligarse ella a su vida azarosa, alentados los dos en un triunfo próximo, en una paz estable y en un engrandecimiento de la Patria.

La joven recibió aquella noche la gran lección de Patria y amor. Y bajó a su cuarto con entereza; amaba, amaba, amaba... Había un alma fuerte que latía al unísono con la de ella. Era dichosa y feliz...

* * *

Al día siguiente, se levantó transformada. La ilusión había fecundado en ella; era plenamente feliz, y todo le parecía bello.

Estuvo con Pedro el mayor tiempo posible, y aun subió a verle poco antes de su partida.

Mirilli la dejaba con pena.

—Esta noche, es preciso que me marche. Ya no puedo encontrar ningún pretexto para justificarme con el Duque.

Vanina no suplicaba como el día antes. Ahora se sentía con fuerzas para volar ella también.

—Nos reuniremos pronto. Voy a procurar que mi padre me envíe por algún tiempo a nuestra villa de San Clemente. Estaremos muy cerca.

Sólo deseaba asegurarse más y más del cariño de Mirilli, y le acusaba con la misma pregunta.

—Dime una cosa, Pedro, ¿De verdad me quieres?

—Te quiero mucho, Vanina.

—¿Para toda la vida? ¿Hasta la muerte? ¿Contra todas las cosas? ¿Lo mismo que te quiero yo?

—Sí, Vanina.

Pero tenía temor de que les sorprendiera el Duque.

—Ahora, vete. Tu padre puede llegar de un momento a otro.

La muchacha escapó. Se aproximaba la hora de la marcha.

Ocultando su emoción, fué a situarse estratégicamente en un mirador que dominaba toda la plaza que se extendía ante el palacio,

desde donde vería al amado, en Roma, por última vez.

Le inquietaba que no saliese todo con las garantías previstas, y que pudiese surgir algún contratiempo, tal vez que lo detuviesen de nuevo.

Iba cerrando la noche, y los ruidos del tráfico caían en aletargamiento.

De pronto, la plaza tomó un tinte de estampa bucólica. Un gran rebaño de corderos desembocaba

por ella, como si se desmandara en dirección al palacio. Lo guiaban dos hombres. Después lo vió enderezarse, conjuntarse para buscar una salida, al mando cuidadoso de tres pastores. Ya estaba Pedro en su punto de salvación. Poco a poco fué perdiéndose todo en la lejanía... ¡Y, reclinada su cabeza sobre los cristales del balcón, permaneció todavía un buen rato pidiendo a Dios, en sentida oración, que el amado lograra felizmente su destino!

CAPITULO IV

Pedro Mirilli vuelve a la lucha

Nada entorpeció el curso libre de la huida. El rebaño, con sus tres pastores, salió de la ciudad, tomó vía por la empolvada carretera de San Clemente y después derivó por caminos de herradura hacia la montaña.

El hombre de confianza de Roberto Varini se desprendió de sus ropas de pastor, abrazó a Pedro y volvió a la ciudad. La pantomima aun siguió más adelante, hasta el punto en que Mirilli se consideró plenamente seguro. También dejó las ropas de su disfraz y abandonó el rebaño, al que el verdadero guardián puso en rumbo hacia los corrales.

Pedro avanzó solo, buscando a sus compañeros de lucha. La marcha le resultaba penosa para su estado aun relativamente débil, y veíase obligado de vez en cuando a descansar.

Los patriotas se reunían en el corazón de aquella montaña, para escapar a toda persecución policia-

ca, y tenían establecidos sus puestos de centinela. No le había sido posible comunicar con ellos, y todos lo creían muerto como resultado de su evasión. Así se lo confirmó la avanzadilla de guardia, al reunirse con ella; el compañero corrió presuroso hacia la cueva que les servía de albergue, desenso de comunicar a los camaradas la noticia de la vuelta del jefe.

Pedro fué siguiéndole detrás, quebrantado por ascensión tan fatigosa.

La asamblea estaba en plena deliberación, y Pascual, el lugarteniente del grupo, definía los motivos por los cuales se había provocado la reunión.

—Nuestros padres — explicaba con la fe del convencido — emprendieron la cruzada patriótica para liberar a Italia del extranjero; no pudiendo proclamar a la luz del sol su hermosa idea, se vieron obligados a refugiarse en los bosques para seguir trabajando, por la Pa-

tria, en la sombra. Los juramentos que ellos hicieron ante Dios, estamos dispuestos a repetirlos nosotros nuevamente. Esta noche, estamos reunidos para proceder al nombramiento del nuevo jefe de esta asamblea.

Los patriotas le interrumpieron con deseos de aclamación.

—Tú, debes ser tú.

—Tú serás el jefe.

—Todos te elegimos a ti.

Y mientras analizaban este propósito, el avanzadilla notificaba al oído de Pascual el retorno de Mirilli, y saltó rápido para volver a su guardia.

Los ojos del lugarteniente brillaron de júbilo al establecer el silencio.

—No; yo no, yo no. Os voy a dar una noticia que llenará vuestros corazones de alegría... Pedro Mirilli no ha muerto como todos creíamos. Pedro Mirilli está aquí.

La emoción del instante hizo aún más elocuente el silencio, que se desbordó en entusiasmo al ver entrar a Pedro.

¡Qué de alegría, de abrazos y de júbilo en todos!

Pascual sentenció, como dando fin a sus palabras:

—Pedro Mirilli debe ser nuestro jefe.

Tal era el convencimiento y el deseo general.

Pedro ocupó el asiento de honor en la mesa presidencial, en cuyo testero, como símbolo de sacrificio y de amor, estaba la imagen de Jesús crucificado, y, aceptando de nuevo la designación que le incorporaba a la lucha, hizo solemnemente su juramento.

—Yo, Pedro Mirilli, ciudadano de esta nación, delante de este Crucifijo juro consagrar mi vida al triunfo de los santos principios que animan nuestras acciones, por el bien de la Patria. Si por desgracia tuviere que ser perjuro, que sea castigado con la peor de las condenas.

Después preguntó a la asamblea:

—¿Estáis dispuestos a hacer el mismo juramento?

—Lo juramos — respondieron con absoluta unanimidad.

Y unos gritos desgarrados sirvieron de fondo a este solemne refrendo.

* * *

Apoyándose en las paredes de la tosca escalera labrada para dar entrada a la gruta, otro compañero llegaba, portador de desalentadoras noticias.

—¡Mirilli, Mirilli! Los soldados han hecho irrupción en la venta

"Fe y Esperanza". Los nuestros se han defendido, pero han muerto dos soldados en la lucha. Uno de los nuestros, un traidor infame, te ha acusado a ti, Mirilli, de estas dos muertes. Te procesarán por esta acusación. Te condenarán a muerte.

Pedro, consciente de su destino histórico, se sobrepuso al momento descorazonador.

—Esto no debe interrumpir nuestro trabajo—dijo—. Continuemos.

Y se prosiguió el acto, estudiando planes, ideando normas y encauzando proyectos en bien de la unidad de la patria...

* * *

Los días pasados desde la marcha de Pedro marcaban la pena y el sufrimiento del corazón de Vanina, reflejados en su semblante. Los sonrosados colores de sus mejillas estaban matizados por la palidez; el brillo luminoso de sus ojos se había apagado.

Una madre hubiera encontrado pronto la causa del mal; el Duque no pasaba de una táctica observadora, sin embargo, y derivada hacia las presiones del sobrino del conde Savelli Catanzaro para afianzar sus ansias de amor.

Aunque de pasada, aseó la conducta de su hija:

—Es preciso que te decidas, Vanina, ¿oyes? No debes seguir burlándote de ese modo del pobre Livio. ¿Me escuchas?...

La muchacha tenía su pensamiento en otra parte, y no oyó nada de la incitación de su padre.

—¡Ah, perdona!—rogó concentrándose—. ¿Qué decías, papá?

El Duque se aproximó a ella y la besó en la frente.

—¿Qué te ocurre, Vanina? Di... Hace algún tiempo que te veo triste... pálida...

—No es nada.

El duque Vanini insistió:

—Sí, sí. Vamos, dime qué te pasa.

—Es verdad. No me encuentro muy bien y me gustaría cambiar de aires, padre.

—¿Quieres irte al campo?

Vanina estaba en el momento de vencer. Era la posibilidad de poder reunirse con el ser amado, cumplir la promesa que le hiciera de estar lo más cerca posible de él.

—Sí—le respondió—; pero no a una de las villas que tenemos cerca de Roma. Creo que me sentaría mejor irme más lejos de aquí... No sé...

Puso en juego la mejor táctica. Dejar que su padre señalara con

exactitud la posesión distante a la que ella quería ir, para aceptarla venciendo fácilmente los inconvenientes secundarios que se le habrían de ofrecer.

—San Clemente de los Marcos está demasiado lejos.

Vanina puso mucho mimo en esta segunda parte de su jugarreta.

—Sí, realmente está lejos; pero quisiera ver de nuevo nuestro castillo. ¿Cuánto tiempo hace que no vamos! Desde que era muy pequeña. Me gustaría mucho. ¿Por qué no hacemos ese viaje, papá?

El Duque se excusó por razón de sus propios quehaceres.

—Ya sabes que en esta época yo no puedo alejarme de Roma.

—¡Qué pena no ir!—Y agregó después, como si de momento acabara de encontrar la solución conveniente—: Pero podría ir yo sola y descansar allí.

A su padre no le satisfizo la idea.

—¿Sola?... ¿No sabes lo que dices!

—¡Ah!—completó ella—, con Elisa. Aparte de que allí viven mi ama y los viejos jardineros. Es una gente que me tiene tanto cariño... ¡Mándame allí, papá!

El Duque reflexionó un rato sobre aquella proposición, y al final denegó.

—No es posible, Vanina mía.

La joven esperaba esta respuesta, pero también contaba con el absoluto dominio que ejercía sobre su padre. De antemano sabía que necesitaba todos los rodeos y alternativas de una conversación, mas que acabarla, como siempre, haciendo su santa voluntad.

Se lanzó al asalto definitivo.

—¿Has dicho que sí?—forcejeó tendiéndole sus brazos—. ¡Qué bueno eres!...

El vacilaba dubitativo.

—No, aun no... Si supiera que iba a sentarme bien; si esto pudiese devolverte los colores que has perdido...

Naturalmente, a los pocos minutos, el viaje a San Clemente de los Marcos estaba decidido.

Comenzaron en seguida los preparativos, con sincera pena por parte del enamorado Livio, que no dejó de asediarla en aquellos últimos días y de acudir a darle su adiós.

Bajó con ella, llevándola del brazo, hasta el coche y subrayando sus palabras con hoados suspiros.

—¡Ah! Viendo vuestra carroza me entristezco muchísimo. ¿Estaréis ausente mucho tiempo?

—No; vendré pronto.

—Yo os escribiré todos los días; dos veces al día, si me lo permitís.

Vanina, con el contento de su

marcha, retornaba a sus alegres y habituales burlas.

—El médico me ha prohibido absolutamente todo lo que me canse.

—¿De veras? ¡Qué pena! Entonces escribiré un diario. Un diario larguísimo, que sólo hablará de vos. Dicen que escribo muy bien.

—¿Quién lo dice? ¿Vuestras amigas, quizás?

Lívio tomó aquel reproche como un interés de amor.

—¿Qué amigas? ¿Quién os ha dicho que tengo amigas?

La muchacha hizo un mohín de disgusto.

—Yo lo sé todo.

—¿De veras?... He tenido muchísimas, pero ahora sólo pienso en vos.

Vanina llamó a su padre, que paseaba por el parque esperando el instante de la partida, y subió al coche.

Lívio insistió en su deseo de recordarla constantemente.

—En ese diario pondré toda mi alma, toda.

—Toda no. Dejad un poco para vuestras amigas.

—¿Celosa, eh?—replicó al almirado galán besando rendido, y en señal de despedida, su mano.

La muchacha no le contestó, desiosa de abrazar a su padre, que se acercaba hacia el coche.

—¡Adiós, papá!

—¡Adiós, hija mía, y escribe en seguida!

—¡Que volváis pronto!—demandó Lívio.

—¡Adiós, adiós!—repitió la joven al ponerse en marcha el coche.

Poco a poco fué dejando atrás los cotidianos paisajes de la ciudad y de la campiña próxima. El galope de los caballos traía a su vista perspectivas que, por lo poco recordadas, eran nuevas para ella.

El aire era más puro. Respiraba con fuerza y su pecho, tan oprimido hasta entonces, se ensanchaba.

Hizo partícipe a Elisa de su contento.

Era dichosa, muy dichosa... Iba a su encuentro, hacia él, a oír pronto sus palabras, a ver al amado...

CAPITULO V

Una misión importante

Bien pronto tuvo Pedro noticia de la llegada de Vanina al castillo de San Clemente, y preparó sus cosas para ir a verla aquella misma noche.

Por ello aligeró lo más que pudo el despacho de asuntos con su lugarteniente Pascual Santucci.

—No hay ninguna noticia de las armas que hemos mandado fabricar, ¿verdad? ¿Ni de los fusiles que esperábamos tampoco?

No las había, y Pascual recelaba que tales pedidos no se suministraran.

—¿De qué sirve que lo hayamos preparado todo, si no tenemos las armas?

—Las armas vendrán. No temas... Mientras, es necesario tomar precauciones. No podemos confiarlos, pues hay muchos traidores.

Revisaron con sumo cuidado los avisos de sus centinelas con relación al paso de viajeros por aquellos contornos, y no encontraron nada anormal.

Decidió, pues, ir en busca de la muchacha.

—Santucci, me parece que la reunión de esta noche no es necesaria, puesto que las armas no han llegado todavía.

—Pudiéramos recibir las —aventuró Pascual.

—No; no lo creo.

Cogió su zamarra y el sombrero.

—Si por casualidad llegasen las armas, me haces en seguida la señal.

Le retuvo aún el amigo.

—Hemos de ponernos de acuerdo para otros asuntos.

—¡Ay, es verdad! Tienes razón. El viaje de Provensi. Que vaya Lorenzo con las órdenes que tienes. Del resto, ocúpate tú. De todas maneras, yo estaré aquí mañana por la mañana.

La noche había cerrado ya, y Pascual le ofreció su ayuda.

—¿No quieres que te acompañe?

—No, gracias —respondió Pedro—. No voy a obligarte todas las noches a acompañarme hasta mi ca-

baña. Son muchas millas por el bosque. ¡Adiós!

* * *

No tardó el enamorado en estar junto a su amada, que ya le aguardaba impaciente.

—¡Vanina! ¡Qué alegría! ¡Cómo he sufrido todos estos días yo solo! No pensaba más que en ti, en aquellos días de Roma.

—También yo he sufrido mucho, pero ahora seremos felices.

Pasaron al comedor, donde Elisa había arreglado una cena ligera para los dos, y comieron con apetito.

—Te he preparado—le refirió la muchacha—una habitación que da directamente al parque. Allí podrás quedarte sin que nadie pueda sospechar. Podemos confiar en Elisa por completo.

—Nos quiere, ya lo sé—y Mirilli recordó entonces los días pasados en el Palacio Vanini—. Ha sido tan buena con nosotros en Roma...

Aun no estaba terminada la cena cuando el metálico sonido de una campana, llenando de ecos el bosque, inquietó a Pedro.

—Es el "Avemaría"—aclaró Vanina.

Para Mirilli, era la señal de San-

tucci en orden a celebración de asamblea, y se levantó rápido.

—Me tengo que marchar.

—¿Dónde?

—No me preguntes. ¡Te lo suplico! Esta campana, para mí es una señal.

Vanina pensó en ella, como realidad, y quiso conocer concretamente también los hechos y sus derivaciones.

—Pero ¿cuándo volverás? ¿A qué hora?

—No lo sé... depende...

—¿De qué?

—De tantas cosas...

—Pero, entonces, ¿he venido aquí a verte para esto? ¿No puedes quedarte conmigo ni el primer día?

—No puedo—respondió Pedro, obligándola a descansar su cabeza sobre su pecho.

La joven, sollozando, insistía.

—Estoy aquí por ti, sólo por ti, ¿no lo comprendes?

Mirilli se desasía de sus brazos y se abrigó con la zamarra. También su voz se quebraba con pena.

—Lo sé, claro que lo sé; pero debo irme... ¡Ah, no llores, Vanina, no llores! ¡Cálmate!

La muchacha accó sus lágrimas y mostró una orgullosa entereza.

—No me verás llorar más. No quiero que llegues tarde por esta causa. Ya veo que no te importo.



—El que haya recibido el obanico obanificará a la dama...



Al poco rato, mientras rezaba, ante la Virgen...



...Informándose de los infructuosos de las pesquisas.



—El amor entre nosotros es imposible, Vánina.



Se inquietaba que no saliese todo con las garantías previstas...



—¿Quieres irte al campo?



—Adiós, hija mía, y escribe en seguida!



—Tengo que marchar, pero volveré pronto, Reyes!



—...tenemos que redoblar la prudencia.



—¿No me dejáis hablar, mi futuro río?



—Sí, os encontraréis en la capilla. El carcelero está ya de acuerdo.



—¡Maldito! ¡Maldito!



—sin escuchar sus imploraciones de perdón.



—Se conocieron cuando estuvo en vuestra casa...



—No disparéis demasiado. Estamos secos de municiones.



—Si os hacen falta municiones, voy ahora mismo a buscar a mi hijo.

—¡Vanina! Debes comprenderme. Tengo que marchar, pero volveré pronto, ¿oyes?; volveré pronto, en seguida...

La mujer se resignó ante la promesa, aunque con la incertidumbre de si sería cumplida, y quedó en aguardarle.

* * *

En menos de media hora, estuvo Pedro Mirilli otra vez con los suyos. Allí aguardaban ya el delegado que se esperaba y los paquetes de armas.

El retorno inmediato al castillo era imposible, pues el cambio de impresiones había de ser muy extenso.

Ante la próxima lucha armada que se avecinaba, Pedro fué elegido para la defensa de uno de los lugares más importantes.

El delegado le puso en antecedentes de los peligros que llevaba aneja tal designación:

—Es un puesto de centinela avanzado. ¿Sabéis lo que significa?... Por ser tan peligroso, hemos echado suertes entre los que no tienen compromisos ni deberes de familia. ¿Eres tú completamente libre, Mirilli?

Pedro pensó en Vanina y en la Patria, y no vaciló en afirmar que sí.

El delegado detalló concretamente las últimas instrucciones.

—Ya está decidido que hasta nueva orden sean suspendidas las reuniones solemnes. Ante la inminencia del movimiento, tenemos que redoblar la prudencia. Tú, Mirilli, te reunirás con los demás compañeros una vez cada tres días. Y en el caso de que por cualquier razón no te fuera posible, te sustituirá Santucci.

* * *

Vanina permaneció toda la noche leyendo, en espera del amado, que no volvió.

Elisa, que tampoco quiso acostarse, por si algo se precisaba de ella, tuvo al fin que incitarle a hacerlo.

—Está amaneciendo. Debéis de estar muy fatigada, ¿por qué no os acostáis?

—¡No podría dormir!—exclamó la muchacha, sin voluntad ninguna para decidir por su cuenta—. ¡Es terrible!

—Si me hubieseis escuchado en Roma, hubierais encontrado diversiones y le hubieseis olvidado.

Vanina Vanini unió a su recuerdo este amañecer con aquel otro en que, a la vuelta del baile, le sor-

prendió una luz encendida en las habitaciones altas de su casa.

—No podría olvidarle nunca.

—Y él ahora os deja sola. ¿Y por qué causa? Para liberar a Italia del extranjero... Eso es lo que dicen todos esos exaltados.

Y agregó después, en un tono de sobreexcitación lleno de sinceridad:

—Pero, decidme cómo podrán lograrlo. Son pocos, desarmados, y los otros son fuertes. Me parece una temeridad. Debéis intentar quitarle de la cabeza todas esas ideas estrafalarias.

—No puedo, porque me odia.

Elisa no aprobó aquella conducta.

—Todo es posible cuando una mujer quiere. Entonces sí que podríais tenerlo sólo para vos.

Se prolongó un tanto este diálogo, en términos parecidos a lo que dejamos registrado; pero, tan dispares eran las razones que se daban las dos mujeres, que no pudieron llegar a un punto de armonía.

Mas si en esto, que eran aleteos del espíritu, no consiguieron concordar, las igualó la materialidad. El sueño rindió a las dos y decidieron acostarse.

* * *

En Roma, seguían las preocupaciones políticas alterando la vida feliz del conde Savelli Catanzaro, ministro de Policía.

Nada pudo hacerse con relación a la huida de Pedro Mirilli del castillo de Sant'Angelo, y tenía reunidos a los más altos cargos del Cuerpo cuando un informe urgente le trajo una preocupación todavía mayor. Decía así: "Sabemos por nuestros informadores, absolutamente fidedignos, que varios grupos de rebeldes se están organizando en este territorio. Y sabemos también que disponen de armas. Urge un refuerzo de tropas. Por nuestra parte, trataremos de descubrir los nombres de los más importantes".

Todos los funcionarios se movilizaron en el acto. Se pidieron los refuerzos de tropa al general Illoski, se encomendó una misión especial al comisario Turner, y el ministro de Policía, asegurando que los tales revoltosos le iban a hacer perder el juicio, llamó urgentemente a su secretario para que se enterara del referido informe y procediera a las tramitaciones oportunas.

Nada se sacó en claro, a pesar de que los días pasaban, y en las esferas gubernamentales del país comenzó a tomar cuerpo la idea de decretar una amnistía, con la esperanza de que así se apaciguarán

los ánimos y se sofocarían los gérmenes revolucionarios.

El conde Vanini le comunicó estas noticias a su hija, como demostración del trabajo que lo retenía en Roma y que le impedía ir pronto a verla, aunque éste era su mayor deseo, y ella no tardó en confiárselas a Pedro.

—Estarás libre — añadió jubilosa —. Entonces obtendré el permiso de mi padre y nos casaremos, ¿verdad?

Mirilli quechó aquel júbilo con sus palabras:

—No es posible por ahora: no será posible hasta que haya conseguido llevar a cabo una misión importante que me ha sido confiada.

—¿Qué es? ¿No puedes decirme lo?

—No; ya sabes que estos secretos no me pertenecen.

—¿Pues cuándo? — insistió Vanina, con ganas de ir formando su plan.

Pedro tardó en contestarle. Apasionó su mano, que descansaba indolentemente sobre su brazo, en aquellas horas de paseo por el trozo de pinar colindante con el castillo, miró al fondo del bosque, donde comenzaba a fraguarse la patria nueva, al cielo en demanda de ayuda, y después a ella.

—No lo sé — le dijo con suavi-

dad y dulzura, cual si temiera hacerle daño con sus palabras —. No lo sé con exactitud; pero no pienses en eso. Piensa solamente en ser feliz...

Y lo era la muchacha y lo era él en aquellos instantes de arrullador coloquio.

Hasta que un fuerte silbido les marcó el fin del paseo.

—Es un amigo. Quiero hablar-me. ¿Me esperarás en casa?

—Sí, voy para allá. Y tú, ¿volverás pronto?

—Vendré en seguida, no temas.

La vió alejarse, en el sombrero la brazada de flores silvestres que acababan de recoger. Le dió, desde lejos, el último adiós, y fué a reunirse con Santucci.

—¿Qué dicen los compañeros?

—preguntó intranquilo por si había sucedido algo anormal durante su ausencia.

—Empiezan a murmurar. No pueden explicarse este alejamiento tuyo tan prolongado. Dicen que es extraño que nos abandones en un momento como éste. En suma, algunos creen que intentas...

—¿Qué piensan? — atajó rápido Pedro.

Pascual no quiso decirle que la opinión general le era poco favorable, y que se echaban a cobardía todas aquellas reservas y falta de

decisión que parecía notarse en su proceder.

—No sé—dijo al fin—. Todos se dan cuenta de que tu misión es muy peligrosa...

Y en plan de reconvención amistosa agregó:

—Pero si no eras completamente libre, si tenías otros compromisos, ¿por qué has aceptado? Nadie te obligaba. Ahora ya es tarde; no puedes volverte atrás. Sabes bien lo que significa para ti este compromiso...

—Probablemente la muerte; lo sé, lo sé, Santucci... Pero—apremió reanimándose—, ¿han dado la orden de acción? ¿Debo ir?...

—Aun no, pero es inminente. Puede que en la próxima reunión se acuerde el momento decisivo. Se te indicará entonces el lugar preciso donde debes encontrarte para actuar. ¿Piensas ir?...

—Pero, ¿qué crees, Santucci?—¿tanta era su falta que hasta su mejor amigo dudaba?—. ¿Piensas que soy capaz de no acudir en el momento necesario?

Paseual le dió un abrazo confortador.

—Yo no he dudado nunca de ti. —Se extendió después en amplias noticias informativas—. La reunión de esta noche no tiene importancia, y aun sería mejor que tú no vinie-

ras. Creemos que la policía está avisada de todo. Esta noche nos reunimos en casa de Hipólito, pretextando una partida de juego.

—Acudiré—afirmó Mirilli.

—No, Pedro. Tú no debes ir de ningún modo. Es demasiado peligroso, y podrían estropearse nuestros planes.

—Está bien, Santucci, pero cuento contigo para que convenzas a los demás de que estoy dispuesto a todo.

Se estrecharon la mano con la fuerza del que signa un pacto.

—¡Adiós!

—¡Adiós, Pedro!

Vanina se había enterado de la conversación sostenida entre Pedro y Paseual, y desde aquel momento no cesó de dar rienda suelta a su congoja, llorando sin cesar.

Elisa se alarmó al verla así.

—¡Señorita! ¡Señorita!... ¿Qué os ocurre?

—¡Es horrible! —exclamó—. Todo ha terminado ya.

—¿Puedo hacer algo por vos, señorita?

Hizo jengenuamente su ofrecimiento, pues, conocedora de donde partía el dolor de su ama, aquellos locos amores que nunca le parecían

ron buenos ni dignos de ella, no se le alcanzaba qué intervención pudiera caberle como no fuera confesarle al señor Duque todo lo que ocurría.

Sin embargo, bastó para decidir a Vanina, que estaba dispuesta a todo con tal de no perder al hombre que supo inspirarle el primer amor de su vida, amor que no podía ser sino único, firme y eterno.

—Elisa, ¿eres capaz de hacer cualquier cosa por mí?

—¿No lo sabéis? — replicó la aludida.

Ordenó entonces que le trajese su libro de oraciones y una pluma, y cuando fué servida, variando de parecer, le obligó a escribir a ella.

En un grupo de páginas que le marcó, fué punteando las palabras que se le indicaban. Su lectura ordenada producía una delación en regla de los propósitos y planes de los revolucionarios patriotas.

Terminada la obra, la hizo ir a la delegación de Policía más próxima para que en secreto diera cuenta de ello.

Elisa cumplió los deseos de la señorita, y, con la garantía de no ser interrogada ni sobre el nombre ni sobre ninguna circunstancia especial, facilitó el libro al jefe de policía, con la promesa también de que sería restituído.

Leído aquel informe tan preciso,

que adelantaba no poco la labor policiaca, el jefe le devolvió el libro a Elisa.

—He comprendido. Gracias.

Retiróse Elisa, y adoptó las máximas precauciones para volver al castillo, a fin de que tal salida resultara intrascendente.

El jefe de policía no tardó en preparar la batida contra el tenducho de Hipólito, donde estaban reunidos los patriotas del grupo de Mirilli, excepto éste, a los que Pascual había indicado ya que no acudiría, y le fué fácil detener a casi todos, ya que sólo lograron escapar Santucci y tres o cuatro más.

Una vez seguros de que no se les perseguía, se disgregaron, para dar cuenta de lo sucedido a otros grupos, y Pascual acudió al castillo Vanini para informar a Pedro.

—¿Santucci? ¿A estas horas?— dijo, alarmado, al verle.

Saludó Santucci con una inclinación de cabeza a Vanina, y rogó a su amigo que bajara con él al parque, pues tenía que hablarle de un asunto de mucha gravedad.

Pedro sospechó en el acto de qué se trataba.

—¿Nos han traicionado? Pero, ¿quién se ha atrevido?

—Según todas las apariencias— indicó Pascual—, nos ha traicionado el que se tiró al pozo.

El hecho había ocurrido dos días antes, y en un principio todos creyeron que obedecía a un amago de locura. Ahora, sin embargo, lo achacaban al remordimiento por aquella delación.

—Si es así— razonó Pedro—, todos nuestros proyectos han fracasado. Estamos perdidos.

Vanina, acercándose a Pedro, intervino en la conversación.

—Lo que pensabais hacer mañana, lo podréis hacer cuando las cosas estén más propicias y dispongáis de más medios. ¿No te parece?

Santucci, a quien no le complacía hablar de estos asuntos delante de la muchacha, insistió en esperar a Pedro en el parque y se retiró.

Pedro quedó anonadado. Por una señal que le hizo Pascual al salir, comprendió que era aún mayor la gravedad, puesto que los compañeros habían sido detenidos.

La joven pasó sus manos por la cabeza de Mirilli.

—¿En qué piensas?

Pedro volvió a la realidad y, cogiendo las manos frías de la muchacha, blancas palomas asustadas, llevólas unidas sobre su corazón.

—¿Qué me decías?

La joven no dejó de emplear ya un tono persuasivo.

—Que pienso que dentro de algunos años, cuando las condiciones

os lo permitan, podréis emprender de nuevo lo que ahora os veis obligados a interrumpir.

—Eso sí; pero yo, mientras mis compañeros han sido arrestados, no estaba allí.

—No podías estar allí, porque estabas conmigo.

—¿Ya! Aquí contigo, pero mi deber era estar con ellos. Los he dejado solos.

Vanina, que lo que pretendía era entibiar la fe de Pedro en la causa a la que le había entregado en cuerpo y alma, para hacérselo más suyo, continuó amortiguando lo que ahora creía que eran recelos suyos.

—Aunque tú hubieras estado con ellos, igual habrían sido arrestados.

—¿Y no podrán quizás creer que yo los he traicionado?

—¿Eso es una infamia!

—¿Y por qué no lo van a creer? Algunos de ellos empujaban ya a murmurar de mi conducta.

—Tú estás por encima de todas las sospechas.

—Comprenderás que no es justo que yo esté aquí, en seguro, mientras mis compañeros están en la cárcel, y hasta puede que los condenen a muerte.

—Tú has estado ya en prisión, el primero de todos. Además de eso, existo yo también. No debes olvidarte de mí.

Miriri la estrechó entre sus brazos.

—Sabes que te quiero mucho, Vanina. Recuérdalo, suceda lo que suceda.

—¡Pedro!—exclamó la muchacha, al ver en sus pupilas una decisión trágica.

—Recuerda que tú eres la mujer que más he querido en mi vida.

Se desprendió de sus brazos, marchando rápido hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —preguntó ella asustada.

—Voy a salir un momento al parque. Es preciso que hable con Santucci.

Por primera vez, al quedar sola Vanina, tuvo plena conciencia de lo que había hecho, y comenzaron a hacerla sufrir los remordimientos.

También Pedro, tras oír con amargura todo el relato de Pascual, creyóse culpable, y adoptó una resolución extrema.

No volvió al castillo. Buscó refugio por aquella noche en su cabaña, y allí, donde debiera haber planeado y resuelto la misión importante que se le confiara, tomó una concreta determinación: sufrir condena con sus compañeros y morir con ellos si el caso llegaba.

CAPITULO VI

Sin miedo a la muerte

Apenas penetraba el sol por los claros del bosque, cuando ya Pedro salía de él, firme y seguro, camino de la delegación de Policía.

Aun tuvo que esperar la llegada del jefe, y ante él declaró su personalidad.

—Soy Pedro Mirilli, fugitivo de la prisión del castillo de Sant'Angelo. He venido para entregarme.

Al policía le admiró el valor que representaba aquella decisión.

—¿Y por qué habéis tomado esta determinación?

—Porque debo seguir la suerte de mis compañeros arrestados ayer noche.

—Pero, ¿por qué —siguió preguntándole—, si cuando los arrestaron no estabais presente?

—Precisamente por eso, creo que es mi deber seguir su suerte.

El jefe de policía estrechó su mano de valiente y, formalizado el atestado, se le pasó al calabozo en unión de los otros detenidos.

De Vanina se despidió, confe-

rándole su propósito, por una carta que acababa de entregarle Elisa, con la indicación de urgente, y que un muchacho llevó al castillo de parte de don Pedro.

La lectura del escrito, confirmó los temores de la muchacha.

Levantó los ojos al cielo, implorando otra vez el favor divino.

—Señor, ayúdame a librarlo. Yo expiaré la infamia que he cometido.

Dió a Elisa las órdenes oportunas y, a las pocas horas, habiendo recogido lo más preciso, regresaban de nuevo a la ciudad.

De entretenerse un poco más, hubiera encontrado en el camino la conducción de los presos en la misma dirección.

Iban en grupos de tres, custodiados por policía montada.

—No comprendo—decía uno de los detenidos—por qué, para juzgarlos, nos llevan a Roma.

Aclaró otro que con el fin de in-

terrogantes allí y que el proceso fuera legal.

—¿Y nos tendrán muchos días?

—¡Quién sabe! ¿En qué piensas, Mirilli?—preguntó a continuación a Pedro, viéndole tan taciturno.

—No pienso en lo que tú crees. La muerte no me da miedo.

El que hablaba era hombre maduro, que podía hacer con atinado juicio advertencias y reflexiones.

—Si te habías creado otros deberes, no debiste venir con nosotros. Cuando uno cumple un acto heroico debe ser solo y no depender de familia.

—No puedes comprenderlo —respondió Pedro.

Pero siguió abstraído, pensando en Vanina. "Quizás haya vuelto a la ciudad—se decía—. ¿Qué hará? ¿Dónde estará?" Y se confortaba en su amor por ella, dispuesto a morir con su nombre en los labios.

* * *

Ya en Roma, Vanina no pudo sustraerse, aun contra su deseo, a hacer vida de sociedad.

Elisa entró corriendo en su cuarto, con la caja que acababa de mandar la modista.

—Ahora traen vuestro vestido para esta noche. ¿Cómo?—agregó al dejar el paquete sobre la cama y

ver allí extendido el que le sirvió para su fiesta de presentación. ¿Os vais a poner ése?

—¿Te acuerdas, Elisa?

Lo decía jubilosa, como si sus ansias de acudir entonces hubieran sido una predestinación.

Elisa, por el contrario, pensaba que fué una locura, y todo lo acontecido más tarde, como un castigo.

Comenzó a darle prisa, para evitarse las riñas del Duque.

—La fiesta en el palacio del príncipe San Severo, a estas horas, ya habrá empezado seguramente.

—Cuando pienso —agregó Vanina aligerando su tocado— que dentro de un momento me voy a encontrar entre la gente, hablando, sonriendo... Me parece que no voy a poder. Tengo miedo de que menoten todo lo que me ocurre.

La doncella le infundió ánimos.

—Pensad bien cuanto debáis hacer, y que no os falte el valor.

—Sí, Elisa, lo sé. Debo salvarlo a toda costa, pero ¿cómo?

—Hay que saber fingir. Esto es lo más importante.

—Y eso es lo que más me repugna—agregó con sinceridad la muchacha.

No tardó en estar lista para la fiesta, a la que acudió con su padre, ni tardaron tampoco, una vez allí, en separarse. Los graves saludos del

Duque a las personas amigas, hicieron fácil la retirada de la joven hacia los de su edad, más alegres y divertidos, que la reclamaron insistentemente tan pronto como la vieron.

El Duque fué después al encuentro de la Princesa Tellesqui, quien se interesó por Vanina, a la que no había visto aún.

—Se me ha escapado — respondió Roberto Vanini—. Estará con Livio.

La Princesa le sonrió con cierto agradable humor, al par que le amenazaba con su abanico.

—¡Ah, vos sois un padre ideal! Os miro con admiración.

—¿Por qué?

—Porque Vanina puede hacer todo lo que le parece. Le habéis permitido estar sola durante unos meses en aquel castillo perdido en el monte, y no siempre las muchachas tienen tanta libertad.

—No sé qué veis de mal en eso — trató de disculparse el Duque.

—¡Si se lo permitís!...

Afortunadamente para Vanini, el número de arte comenzaba junto a la fuente monumental del parque, y el interés que la danza despertó derivó hacia otros canchales la charla de la Princesa.

* * *

Vanina estaba, efectivamente, con Livio. Parecía tener especial interés en retenerlo aquella noche junto a sí.

Charlaban animadamente, sin que en ella, como siempre, dejaran de aparecer la burla suave o la ironía discreta.

—¿Y si las malas lenguas urvisen razón? — preguntaba sobre un comentario que le acababa de hacer Livio—. Si yo fuese de veras extraña, incoherente, voluble...

—No importa. Yo os adoro — ratificó él.

—¡Cuidado; puedo ponerlos a prueba, Livio!

—Hacedlo, pero después...

La muchacha hizo un mohín entre burlón y pícaro.

—¿Después? Está bien, esperad; puede ser ésta la prueba definitiva.

Aunque muy remota, era la única esperanza que la joven le hiciera concebir hasta entonces, y no pudo por menos que exteriorizar su contento.

—¿De veras, Vanina, de veras? ¿Puedo esperar? ¡Ah, gracias, gracias!

El consejo que de fingir le diera Elísa lo iba cumpliendo a las mil maravillas; el ensayo con Livio, si bien relativamente fácil, le iba resultando magníficamente.

Aunque mantenía contacto con el

sobrino, lo que realmente le interesaba aquella noche era la presencia del tío, el conde Savelli Catanzaro, ministro de Policía, para procurar conseguir una orientación respecto a la verdadera situación de Pedro.

Se retrasaba mucho, y esto la iba preocupando. Al fin, lo vió aparecer, rodeado de un grupo de amigos, y, como quien no quiere la cosa, fueron acercándose a su tertulia lo suficiente para oír lo que hablaban sin llamar la atención.

El Ministro, con un rodeo de premiosas palabras, hizo parada en el asunto.

—Habréis de perdonarme el retraso, pero, ¡si supierais cuánto trabajo tengo! No logro ni un momento de respiro. Ahora salgo de una sesión.

Todos estaban al tanto del asunto, por lo que uno de los circunstantes preguntó, como la cosa más natural del mundo, si no estaban ya presos.

—Sí, presos por fin—agregó vanagloriándose el Ministro—. ¡Ah, pero nos han dado muchísimo trabajo! Hace mucho tiempo que sabíamos que esos rebeldes se estaban organizando; pero eran como un misterio, resultaban invisibles, algo así como...

—Como unos fantasmas—terció otro caballero.

—Eso es. Como unos fantasmas.

El grupo fué engrosando, acudiendo también varias señoras, en su deseo de informarse sobre la marcha de un proceso que iba a dar tanto que hablar.

El conde Savelli proseguía su relato, orgulloso de la atención de su auditorio.

—Ha sido un gran trabajo. Los del Bargo de San Clemente eran los peores de todos, pero he logrado arrestarlos.

Aquí comenzaba para Vanina el máximo interés, y, rogando a Livio que le trajese algún refresco, pues tenía mucha sed, tan pronto quedó libre de su presencia, se incorporó también al corro.

Interrumpía entonces una dama, desensa de saber si también había sido detenido el ya célebre Mirilli, y, tras una sonrisa de plena satisfacción, agregó el Ministro que a aquél le había obligado el nada menos que a denunciarse espontáneamente.

La general curiosidad subió de punto.

—¿Y cómo lo conseguisteis?

—¿Cómo lo conseguí?... Dios me perdona, pero ha sido una jugada diabólica. Ya comprenderéis que nadie se denuncia así, sin una razón.

—Claro, «natural»—afirmaron todos.

—Esto, desde luego, es evidente:

Mirilli se ha denunciado porque yo le he puesto en la imposibilidad de actuar de otra manera.

Vanina sabía perfectamente que no era ésta la verdad, pues Pedro Mirilli obró impulsado por lo que consideraba su deber.

—¿Y qué piensan hacer con esos rebeldes?—dejó caer con gran ingenuidad.

—¡Ah!... Curiosidad, tienes nombre de mujer.

Con esta vaga salida dió a entender que no podía ampliar más sus noticias sobre el particular, y, atraídos por otros motivos de la fiesta, damas y caballeros fueron dispersándose por el parque.

Sin embargo, contra aquella salida había una nueva entrada del enemigo: su sobrina, la Princesa Tellesqui, que se le acercaba también para demandar noticias del proceso.

—¿De qué proceso?—preguntó, queriendo eludir todo nuevo comentario.

—Vamos; no andes con misterios, que todos saben de donde vienen.

—¿Que ya lo saben todos? ¿Y qué es lo que saben?...

Miró a su alrededor y continuó:

—Lo que sí puedo decirles, y esto es exacto, es que, desde luego, el Tribunal ha tenido una gran be-

nevolencia. No ha habido más que una sola pena de muerte.

—¿Mirilli?—volvió a preguntar la Princesa, cogiéndose del brazo de su tío.

—¿Qué sabes tú de Mirilli?

—Que es ya un personaje verdaderamente popular.

—Sí—asintió el Conde—, pero muy peligroso. Ya era justo que se le aplicara una lección, ¿eh?

—¿Y lo han condenado?

Su tío se la quedó mirando.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tú—respondió la Princesa.

—¿Yo? ¿Cuándo? ¿Qué he dicho yo? ¡Estas mujeres os obligan a decir lo que les conviene a ellas!

María Tellesqui huscó el asentimiento de Vanina.

—¿No es verdad, Vanina, que parece que había dicho?...

—¿Qué es ello?—preguntó, a su vez, la interpelada, haciéndose de nuevas.

María recaló mucho la frase.

—Pues que han condenado a Mirilli.

Vanina sostuvo la mirada con gran aplomo.

—Como a mí esos hombres no me interesan, no me he fijado bien en lo que estaba diciendo.

No podría quejarse Elisa; aun- que su corazón sangrase, fingía admirablemente.

Providencialmente, llegaba Livio con el refresco, una creación suya, mezcla de naranja y fresones, para librarla de aquel atolladero.

María, por su parte, no tardó en reunirse de nuevo con el Duque, a quien dió la enhorabuena, asegurándole que Vanina sería una dama perfecta. "Si acaso dudé de ello, ya estoy segura."

Roberto Vanini no comprendió mucho de todo aquel juego de palabras, pero quedó complacido por lo que externamente tenía de reconocimiento de méritos a favor de su hija. Y es que María—aunque no hiciera partícipe al Duque de sus pensamientos—había llegado a comprender de qué manera el amor por Pedro había echado raíces en el corazón de la joven.

* * *

Livio iba dando más amplitud a su idea sobre la felicidad cuanto mayor era su permanencia junto a Vanina.

—¿Qué poesía! —decíale mostrando a su pareja los más bellos y apartados rincones del parque—. Mirad estas magníficas fuentes, los ruiseñores que cantan en los árboles...

Ella seguía burlándose de él con donosura.

—Realmente, yo no oigo los ruiseñores.

—Pero yo, cuando estoy a vuestro lado, me parece que oigo un coro de ángeles.

—¿Todo eso oís?

—Todo eso; y es que os adoro, Vanina.

—Lo sé —agregó la muchacha—, me lo habéis repetido por lo menos un centenar de veces.

—Entonces...

—Esperad: ¿no habíamos decidido someternos recíprocamente a una prueba de amor?

—Sí—afirmó Livio.

Vanina acababa de concebir un proyecto atrevido, que pensaba llevar a cabo con la inconsciente ayuda de su enamorado galán.

—Ya veis; ya os tengo preparada una prueba. Mi padre ha tenido estos días un pequeño disgusto con sus servidores y ha despedido a uno de ellos. Este pobre hombre, que es un criado honradísimo y cargado de familia, me ha pedido amparo a mí porque le gustaría entrar a formar parte del servicio de vuestro tío. ¿Seríais capaz de obtener el puesto que quiere?

Livio dudó un poco.

—Me parece que eso va a ser imposible, porque mi tío, dado el cargo que tiene, prefiere escoger su servidumbre personalmente.

—¡Ah!—replicó, molesta, Vanina—. Una excusa. Me lo esperaba.

—No, os lo aseguro.

—Pues claro, una excusa pueril. Me acordaré de esto. Vámonos.

—Os lo suplico, Vanina: insistía el joven, apresurando el paso para alcanzar a la muchacha, que marchaba de nuevo con dirección al lago.

—Para un favor que os pido una vez en la vida, que además se trata de una buena acción, vos, en vez de intentar demostrarme vuestra buena voluntad...

Cortó en seco su discurso, para tirar a fondo una buena estocada:

—¡Ah; tienen razón, amigo mío, al no tomaros en serio!

—¿Quién no me toma en serio?

—Nadie. ¿Y pretendéis crear una familia? ¿Pero qué respeto podrán teneros vuestros hijos?

—Os lo suplico, Vanina, no digáis eso que me hacéis mucho daño.

Todavía dió un último y decisivo empujón:

—Vuestro tío es inteligentísimo, y por eso hace siempre lo contrario de lo que le aconsejáis vos.

No había escapatoria posible, y Livio tuvo al fin que claudicar.

—Os equivocáis, porque mi tío me hace mucho caso. Me oye siempre. Y, para daros una prueba, mañana vuestro protegido formará

parte del personal de la casa Savelli.

Así aconteció, efectivamente. Livio había cumplido su palabra. El mismo contrató al sirviente enviado por Vanina, después de haberle hecho saber al Conde la precisión que tenían de tomar un criado más.

Lo que ignoraban todos es que no había habido tal despido en el palacio Vanini, que aquel criado no permanecería allí más de veinticuatro horas y que toda la combinación se preparaba para facilitar la entrada por la noche a Vanina para tener una conversación secreta con el Conde.

* * *

El nuevo sirviente se las arregló de manera para ser el último que quedase en pie; y, cuando el ministro de Policía abandonó su despacho para pasar al dormitorio, le encendió las luces de la habitación y apagó las del resto de la casa.

Después fué a buscar a Vanina, que, someramente disfrazada de hombre, le estaba aguardando, y la hizo entrar en el despacho, ancha pieza que comunicaba con el dormitorio del Conde.

Terminaba éste de ponerse el camisón de dormir y el gorro con que se abrigaba la cabeza, cuando oyó

sus pasos inseguros por el despacho, a causa de la falta de luz.

—¿Quién es? ¿Quién es?

Como nadie respondía a sus palabras, cogió una pistola que tenía siempre en el dormitorio, al alcance de su mano, y se aproximó al despacho, apuntando al bulto que vió moverse por allí.

—¡Fuera! ¡Fuera o disparo!

—Es inútil, Conde. Esa pistola está descargada.

Tanto por la voz, como por quitarse inmediatamente las prendas del disfraz, la reconoció.

—¡Vanina!

—Sí, yo soy. Tengo precisión de hablar con vos, y a eso he venido.

El Conde guardó la pistola en un cajón de la mesa de su despacho.

—Y, para hablarme, ¿habéis tenido que representar esta comedia?

—Naturalmente. Si no, ¿cómo hubiera podido teneros en mi poder?

—Necesitáis poneros en cura, hija mía. Desde luego, no estáis bien de la cabeza. Os lo digo yo... Estáis un poco...—no se atrevió a decir loca de remate—. Vamos a ver, ¿a qué habéis venido?

—¡Si no me dejáis hablar, mi futuro tío!

El flamante ministro de Policía no era tan tonto como todo eso, para

confiar en la posibilidad de aquel parentesco que se le aventuraba.

—¿Cómo tío? Si nos os casaréis con mi sobrino jamás, jamás.

—No digáis eso. Me vais a hacer desgraciada para toda la vida.

El Conde tomó asiento en su poltrona, e indicó a su visitante que se sentara también.

—Bueno, a ver. Podéis hablar: ya escucho. ¿Qué es ello?

Frente a frente los dos, la obsesión del blanco gorro de dormir que usaba el Ministro, rematado con una gruesa borla que oscilaba conforme sus movimientos de cabeza, no le permitía coordinar las ideas.

—Tengo que hablaros de cosas serias, pero no puedo. Ese gorro me hace tanta gracia...

Refunfuñando, se quitó el gorro el Conde.

—Vaya, me estáis poniendo en ridículo. ¡Eso! A mí, que no me he visto en ridículo en toda mi vida. Y habréis de decirme ante todo cómo habéis llegado a mi alcoba. Pero no hace falta—rectificó—, ya lo sé: el nuevo criado... ¡Ya verá él la que le espera!

Vanina salió en su defensa.

—No, la culpa es sólo mía. Los criados deben obedecer a sus amos, y me ha obedecido.

—Está bien; hablad, ya escucho: ¿qué es ello?

La muchacha fabricó una historia de amor romántico en torno a la figura de Pedro Mirilli, situando como protagonista a una amiga suya.

—¿Y porque una amiga vuestra se haya enamorado de uno de esos bergantes venís a recomendármelo, y por eso habéis cometido un delito que se puede castigar como allanamiento de morada nada menos? ¡Hija mía, ¿no sabéis lo que esto quiere decir?

—Se ve que jamás os habéis enamorado—replicó la joven por toda contestación.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Si así no fuera, sabríais que por amor se puede cometer cualquier delito.

Todo aquello comenzaba a parecerle al Conde una montaña.

—Esto es un conflicto formidable. Y menos mal si la enamorada fueseis vos. Pero, ¿cómo os prestáis tratándose de una amiga vuestra que, además, quiere conservar el incógnito? ¡Ah! Buena será vuestra amiga! ¡Sí!... ¡Debe de ser una gran muchacha! Enamorarse de un hombre así. Y sobre todo de ese. Del peor de todos ellos ¡De un condenado a muerte! Y yo... ¿qué queréis que haga yo? ¡No es nada lo que me pedís! ¡Una pequeñez! Salvarle, ¿verdad? Eso es; conmu-

tarle la pena de muerte por unos años de cárcel, como si todo ello fuera una cosa sencilla. ¡Conceder la gracia del indulto a un hombre como ese! No, no. Yo no me presto.

—Pero, Conde, ¿no os da miedo?

—¿Miedo?

—Sí, Conde. ¿No pensáis en el remordimiento que tendréis después, cuando ese desgraciado haya muerto por causa vuestra?

La confusión seguía aumentando en la cabeza del Ministro.

—Por causa... ¿Soy yo acaso el culpable de su muerte?

—¡Pues claro! —insistió Vanina—. Porque vos podéis presentar el recurso de gracia, salvarle, y no queréis ser bueno. La demanda de gracia será atendida seguramente si es presentada por vos.

—Y entonces todo el mundo dirá que yo protejo a los rebeldes.

—¡Por Dios! Lo único que la gente puede decir es que sois más bueno que nadie. Y todos os bendecirán en sus oraciones.

—Y, de conseguirse eso, seréis capaz después de ir por ahí diciéndolo que todo se ha podido arreglar por vuestra intervención.

Vanina, además de fingir admirablemente, tenía ya atrevimientos inusitados.

—¿Pero qué decís? ¿Cómo voy

a comprometer así a mi amiga? Ahora, que ya sabéis cómo son las mujeres, y si vos rebusáis, mi amiga, por vengarse, puede...

—¿Puede qué? — protestó el Conde.

—¡Ah! Puede difamaros por ahí diciendo que una noche os habéis horrorizado porque una mujer, disfrazada de hombre, entró en vuestra habitación.

—¡No, no! ¡Eso es falso!

Llenó una copa de agua, pero la joven se opuso a que bebiere.

—¡No bebáis agua! Puede estar envenenada.

—¿Envenenada?

—¿Es que no comprendéis que hasta vuestra vida puede estar en

peligro, si esta lucha que sostenéis con esos hombres continúa? Mostraos generoso — añadió dulcificando su voz—. No tendréis que arrepentiros. Os lo suplico... Presentad mañana el recurso de gracia. Lo haréis, ¿verdad? Estoy segura de que vais a hacerlo. Lo estáis diciendo con los ojos.

El Conde lo confirmó poco más tarde de palabra, y Vanina besó su mano, agradecida. El triunfo había sido completo. La muchacha estaba satisfecha de sí misma y, mientras regresaba a casa, acompañada de su fiel criado, pudo pensar que si Pedro, sin miedo a la muerte, se había entregado a la justicia, ella trabajaba sin descanso por devolverle la libertad perdida.

CAPITULO VII

Otra vez en libertad

Terminado el proceso, los prisioneros volvieron a su celda colectiva, excepto Pedro Mirilli, a quien se le destinó celda separada, por haber sido condenado a muerte.

Pedro no se inmutó al conocer esta decisión del Jurado, ni tampoco se alegró demasiado al día siguiente cuando el oficial de la cárcel le transmitió noticias agradables.

—Vengo a comunicaros una buena noticia—le dijo—. La pena de muerte a que os había condenado el Tribunal os ha sido conmutada esta mañana por la misma pena aplicada a vuestros compañeros. Con la diferencia de que vos tendréis que permanecer durante algún tiempo aislado.

Después le anunció también una visita.

—El padre Notari, nuestro nuevo capellán, que ha llegado hoy mismo a Roma, desea hablaros.

No tardó mucho en presentarse el párroco.

—¿Mirilli?—preguntó el sacer-

dote, analizando con mirada escrutadora al patriota.

—¿Padre! — exclamó Mirilli, adelantándose humildemente a besarle la mano.

—Mi nombramiento ha llegado hace unas horas. Acabo de dejar a una persona que vendrá aquí esta noche para hablar contigo.

—¿Vanina!

—Sí; os encontraréis en la capilla. El carcelero está ya de acuerdo.

Era una nueva habilidad y consecución de la enamorada joven. De esta manera podría con facilidad entrevistarse con él.

* * *

Con las complicidades previstas, Vanina pudo por la noche ver a Pedro bajo el amparo de la capilla.

—¿Pedro mío! — dijo la joven arrojándose en sus brazos—. ¡Cuánto debes de haber sufrido!

—¿Vanina! ¿Cómo has podido venir?

—He empleado mil astucias, pero lo he conseguido, como ves. No hay nada que me detenga. Daría mi vida por ti.

—¿No tienes miedo? — apuntó Mirilli.

La muchacha le miró fijamente a los ojos, como retándole.

—No tengo miedo. Dime lo que debo hacer; soy capaz de todo.

Pedro dudaba al hablar, consciente del daño que iba a causarle.

—Pues bien, Vanina, es necesario que seamos fuertes y renunciemos a vernos.

—¿Pedro!

—Sí, Vanina; yo estaré preso varios años y no puedo sacrificarle tanto tiempo.

—¡Ah! ¿Pero es por eso?... ¡Me habías asustado!

A continuación agregó, en tono aún más confidencial:

—Escucha; es posible que se arreglen las cosas de manera que dentro de unos días no te sea difícil salir de aquí.

—¿Crees que podremos huir? ¿Sí? ¿De veras?...

—Pero, ¿qué dices? Los otros no, tú solo.

Entonces rehusó Pedro.

—¿Y mis compañeros? No puedo, Vanina. Hemos jurado estar

unidos en la vida y en la muerte. Yo solo no serviría para nada.

La muchacha no contaba con aquella resistencia de carácter. Por más que hiciera, sabía de antemano que todo resultaría inútil.

Imploró, no obstante.

—Pero ninguno se sacrificaría como tú.

—El deber es despiadado, Vanina, y si no costase sacrificio, ¿qué mérito tendría cumplirlo?

Pasó su pañuelo por los ojos, para secar unas lágrimas que le restaban entereza, y agregó:

—Dame tu palabra de que no intentarás volver a verme.

—¿No volverte a ver?

—Ya sé que te causo una pena muy grande, pero es necesario.

Vanina apeló a sus sentimientos de amor.

—¿Después de haber arriesgado tanto! A pesar de las pruebas de amor que te he dado, los anteposés a ellos; siempre ellos primero que yo.

—Aun puedes rehacer tu vida.

—Ya no puedo concebir la vida sin ti.

Sin darse cuenta, las palabras tomaban cada vez sonoridades más altas. El se lo advirtió.

—Habla bajo, pueden oírte.

—¿Y qué me importa nada!

¿Qué importa que me oigan ni que demos un escándalo!

—¿Estás loca?—insistió Pedro, asustado.

—Y si no estuviese loca, ¿crees que hubiera hecho nunca por ti todos estos disparates? ¿Crees que hubiera venido aquí?

Pedro quiso buscar una fórmula de comprensión:

—Mas, aunque aceptara la fuga, ¿crees que yo podría abandonar mi causa? Tú no sabes, Vanina, lo que significa haber hecho un juramento por la Patria. Me obliga a sacrificarlo todo, todo. Déjame seguir mi camino.

La muchacha, perdido ya el dominio de sus propias palabras, acusaba, al par que sus fervorosos intentos, sus vilezas:

—Y esa mentira es la mejor prueba de amor que puedes darme, ¿verdad? Eso no es más que un pretexto para librarte de mí... Yo jamás he oído decir que, queriendo de verdad a una persona, se separe uno de ella voluntariamente.

—¿Por qué no quieres comprenderme?—se esforzaba Pedro.

—¿Por qué? Pues porque no hay una mujer enamorada que pueda comprender eso. Me comprendería mejor a mí, con todo lo que te he sacrificado, todo lo que he tenido que hacer: yo no he razonado tanto.

He visto que iba a perderte y no he pensado en nada ni en nadie, he pensado solamente que tenía que salvarte.

Más que sus palabras, el desasosiego con que las pronunciaba y la nerviosidad de la muchacha, le hicieron creer que algo grave ocurría o había ocurrido.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es, Vanina? ¿Qué es lo que has hecho?

—Que he cometido una infamia que no me deja dormir en paz, que me hará tener remordimientos para toda la vida. Aquella noche, los soldados fueron a casa de Hipólito porque los mandé yo. He sido una infame y no he conseguido nada. Te he perdido yo misma para siempre.

—¡Maldita! ¡Maldita! —exclamó Mirilli, que jamás había podido sospechar que del ser más amado partiera la delación.

Y la obligó a salir, sin escuchar sus imploraciones de perdón.

* * *

Así y todo, no cesó Vanina en sus intentos. Presentía que en el Burgo de San Clemente nuevos núcleos de patriotas habrían reemplazado a los encarcelados, y que la acción dirigente estaría en manos de Santuzzi.

No vaciló, pues, en obtener de su

padre otro permiso para volver al castillo, alegando que la anterior temporada de campo le había ido maravillosamente para su quebrantada salud.

Una vez en el castillo, no tardó en conocer cuanto le interesaba. Y se atrevió a mandar recado urgente para que Pascual fuera a verla.

No se hizo éste esperar, pues presumió, al recibir la noticia, que iba a saber cosas de los encucelados, especialmente del jefe de aquel sector.

Vanina, al verle llegar, salió ella misma a recibirle.

—Entrad, Santucci. Estaba impaciente por hablaros.

Le condujo a la biblioteca, y cerró las puertas como medida de precaución.

—Sentaos. Se trata de Pedro. Puedo ayudarle a escaparse, pero no quiere. Dice que por no abandonar a los compañeros. No lo comprendo. Sólo vos lograréis convencerle.

Temió Pascual no poder hablarle, pero encontraron finalmente el argumento infalible para conseguir una comunicación con el preso: obtener el permiso haciéndose pasar por un pariente suyo.

Aceptada la intervención de Santucci, le preguntó después si tenía algún proyecto en marcha en defen-

sa de su causa, a lo que respondió negativamente.

—Desgraciadamente, por ahora el arresto de Hipólito nos ha arruinado. Era Hipólito quien nos apoyaba económicamente. No tengo ningún temor en decíroslo. Sé que Pedro os confiaba sus secretos, y que con vos se puede hablar libremente.

Vanina sintió por segunda vez la vergüenza de haber sido ella quien, traicionando aquel exceso de confianza, hiciera la delación. Y pensó de pronto en adoptar una conducta reparadora.

—Si alguien os ayudase, ¿creéis que Pedro...?

Pascual se animó ante una eventual posibilidad de triunfo.

—Si alguna persona pudiente nos ayudara, nuestro agradecimiento sería eterno.

—¿Pero tenéis verdaderamente fe en el éxito de este nuevo intento?

—Una fe absoluta. El plan ha sido estudiado meticulosamente. ¿Creéis posible que alguien nos dé los medios que necesitamos?

—Dejadme hacer a mí, y lo tendréis—aseguró Vanina—; pero Pedro no debe saber, de ninguna manera, de dónde procede este dinero.

—Podría confiar en mí—dijo Santucci levantándose y dando por terminada la conversación.

* * *

Al día siguiente, pudo conseguir fácilmente la comunicación y, llevando una conversación doble, conforme a la proximidad del centinela, informarle de los proyectos en marcha, alentándole para que aceptase la fuga sin riesgo que se le preparaba y se pusiese otra vez al mando del grupo.

—Debes consentir; tú eres más útil estando libre que aquí. Todos estamos seguros del éxito.

Las palabras tenían poca resonancia. Esta aumentaba, si acaso, al acercarse la guardia, como estridencias de una conversación baladí:

—Tu hermana está bien; dice que mañana te mandará dos camisas.

—Dale las gracias y dile que no me hace falta nada, que no se preocupe.

Volvió después a producirse el interés:

—¿Todo está a punto?

—Todo.

—¿Fusiles?

—Hay quinientos. Lorenzo trabaja mucho en el caserío.

Y al retorno de la guardia, de nuevo se disfrazaba la charla.

—Dice que cree que la cosecha va a ser muy buena este año.

* * *

Las noticias facilitadas a Pedro eran verídicas y, por lo que respecta a la consecución de armas y municiones, fué posible gracias a la ayuda económica y a la amplia colaboración de Vanina.

La alegría de ésta fué inmensa al saber que no había sido difícil convencer a Pedro, y que dentro de dos días estaría ya en San Clemente.

Se redoblaron, pues, los esfuerzos de la muchacha para el mayor acopio en ese lapso de tiempo.

* * *

La fuga de Mirilli se produjo sin contratiempos y cuando las altas autoridades gubernativas supieron su evasión fué ya acorde al estallido revolucionario producido en el Burgo de San Clemente, donde los patriotas se hicieron fuertes en el caserío próximo a la carretera de Roma, que podían batir con facilidad.

María Tellesquí, que comprendió desde el primer momento lo comprometida que iba a ser la situación de Vanina ante la sociedad, se decidió a dar cuenta de sus recelos al padre de la muchacha, quien, ignorante de lo que sucedía, no se atrevió a dar crédito a semejantes informaciones.

—Nunca queréis creerme—inistió María—. Sabéis que muchas ve-

ces he intentado avisaros de lo que ocurría, aunque vos siempre juzgais que hablaba con mala intención. Hoy, puedo probaros con toda evidencia mi certeza, y he venido a avisaros: vuestra hija está en peligro. Debéis ir inmediatamente. Es preciso arrancarla de los brazos de ese hombre. Es simpático, no cabe duda; pero, vamos...

—No puedo creerlo, no puedo ser verdad—exclamaba loco de dolor el Duque.

—Pues, desgraciadamente, lo que os digo es cierto. Se conocieron cuando estuvo en vuestra casa, y como además es tan simpático ese Mirilli...

—Si es verdad, lo mato.

—No digáis tonterías. Si es verdad, debéis procurar que no se sepa nada. Mejor es que no se hable de esto, y así podréis casarla con Livio.

Era una solución que no creía viable Roberto Vanini.

—No podrá arreglarse tan fácilmente. Vanina es como yo. Muy tenaz cuando quiere. Será difícil que le olvide.

—Entonces, llevadla a un convento, y así evitaréis el peligro.

El Duque no dejaba descansar su pensamiento. Se sentía anonadado. Juzgábase fríamente y se creía culpable del abandono en que había tenido a su hija. Pensando en sus afectos, dejó al descuido dónde ponía Vanina los suyos.

Una y otra vez se repetía lo mismo:

—Lo que ha ocurrido es culpa mía, solamente mía.

No tenía más que un camino, naturalmente: ir por su hija, salvarla, si aun era posible.

Dió con toda urgencia las órdenes oportunas, y tardó muy poco en verse en la carretera de San Clemente, al galope furioso de sus bien cebados caballos.

CAPITULO VIII

* En plena lucha

Vanina estaba verdaderamente inquieta por la mañana. A las primeras horas del día, las sorprendió un violento tiroteo, demostración de que los patriotas se encontraban ya en plena lucha, y temió por la suerte de todos, especialmente de Pedro, que ocuparía, desde luego, los lugares de mayor peligro.

Hizo salir a Elisa para recoger noticias, pues, por ser de aquellos contornos y tener familia en el pueblo, pocas sospechas podía infundir, y no cesó hasta verla entrar de nuevo en el castillo.

La pobre mujer llegó asustada.

—Ya me he enterado de todo. Los soldados han atacado de improviso el caserío esta mañana al amanecer, mientras ellos habían salido a buscar las armas. Se defienden, pero apenas disponen de municiones.

—Me lo imaginaba. Es preciso socorrerlos inmediatamente.

La reserva había quedado guardada allí, en espera de ser trans-

portada al caserío simulando un retorno a la ciudad, pero los acontecimientos se habían precipitado.

—¿Lo has preparado todo?— preguntó a Elisa.

—Sí. Los caballos ya están listos. La gente de casa está convenida de que nosotras vamos a volver a Roma.

—¿Están bien escondidas las municiones?

—Todo está perfectamente.

Procuraba dominar por todos los medios su nerviosidad, para no dejar sin atender ningún detalle.

—¿Has mandado a alguien a avisarlos? Es preciso que sepamos cuándo debemos ponernos en camino.

Elisa le dijo que había mandado a Rómulo.

—¿Tu sobrino? ¡Pero si es un niño!

—Por eso. Un niño pasa sin llamar la atención. En cuanto nos necesiten, vendrá a avisármelo.

Los temores de Vanina no care-

cian de fundamento. La situación en el caserío era de gravedad, y Pedro, a más de dirigir sus hombres, atendía personalmente los puestos de mayor peligro.

—No disparéis demasiado —rogaba a todos—. Estamos escasos de municiones.

Quedaban sobre unos treinta sacos, cantidad insuficiente para mantener a raya a los soldados de Roma, si éstos habían venido bien pertrechados.

—No desperdiciéis los tiros.

—Hay que hacer economías.

—Hay que ahorrar las municiones.

A pesar de tan continuadas recomendaciones, llegó el momento temido.

—No hay más pólvora.

Y los soldados seguían haciendo fuego sin cesar, causando frecuentes hajas. Cayeron allí muchos jóvenes, savia vigorosa tan necesaria para la causa.

El pequeño Rómulo, resguardándose en la parte no batida, logró encaramarse hasta una ventana y llamar la atención de Santucci.

—Si os hacen falta municiones, voy ahora mismo a avisar a mi tía.

—¿Quién es tu tía?—le preguntó Pascual, que no había visto nunca a aquel chiquillo.

—Elisa, la del castillo; ¿no lo sabéis?

—¿Te manda ella?

—Sí, y me ha dicho que todo está preparado.

—Entonces, corre; ve pronto.

Y así escapó, dando más aire a sus piernas que un gamo.

* * *

Al propio tiempo, a las filas del ejército atacante llegó el coche de Roberto Vanini, que fué detenido por el centinela.

El Duque acreditó su personalidad y destino ante el oficial, y le fué permitido el paso.

Mientras, Vanina esperaba. Y, como ya es sabido que quien espera desespera, la que cargaba con todos los rigores era Elisa.

—¡Mandar un niño!—le recriminaba—. Hace más de dos horas y...

—Tengo mucha confianza en él —perñaba el ama de gobierno—. Es un muchacho muy listo.

—Pero se trata de una cosa demasiado seria.

A lo lejos, seguía oyendo el tiroteo...

—¡Pronto! ¡Pronto!—gritó Rómulo al llegar junto a las dos mujeres—. Les hacen falta municiones. Había muchos muertos, tía. Si hubieras visto...

—Vamos —ordenó Vanina, ba-

jando apresuradamente hacia el parque.

Elisa y Rómulo la siguieron, pero quedaron en la balaustrada al ver apearse en aquel momento de su coche al duque Vanini.

La muchacha quedó también paralizada al ver a su padre, y no tuvo fuerzas ni para dar un paso.

—¡Vanina! ¿Qué pasa, Vanina? —preguntó acercándosele—. ¿No quieres abrazarme?

—No te esperaba. Estoy tan sorprendida...

—Y, ¿adónde ibas? —preguntó al ver que tenía el coche a punto.

—A Roma. Volvía a casa.

—Bueno, volveremos a Roma juntos dentro de unos días.

—Pero es que...

—¿Qué?

—Nada—agregó la joven sin fuerzas para confesarle la verdad de sus propósitos.

El Duque la enlazó amorosamente por el talle y penetraron los dos en el castillo.

* * *

En el caserío cada vez eran más necesarias las municiones, y en muchos apuntaba el temor de tener que claudicar.

—¡Pedro! ¡Pedro! Ya no podemos defendernos. Salvemos las armas. Aun estamos a tiempo...

—¿Estáis locos? —vociferaba Mirilli—. Cada uno a su puesto. Santucci, ¿quién nos envía esas municiones?

Respondió éste que personas de confianza, pues se había comprometido con Vanina a no revelar que la ayuda les llegaba de su parte.

Pedro siguió disponiendo estratégicamente la defensa.

—Todavía podemos disparar durante una hora. Manda a algunos hacia el granero. ¡Que se den prisa! ¡Vamos!

* * *

Padre e hija tomaron asiento junto al amplio ventanal. El Duque, obsesionado por las palabras de María Tollesquí, quiso saber la verdad—y la supo plenamente—de los amores de su hija con Pedro Mirilli. Esta, excitada por la necesidad de llevar a los patriotas las municiones que les estaban haciendo falta, decidió no detener sus palabras, llegando en la confesión hasta el fin.

Roberto Vanini tuvo por cierto que sobre su nombre sin tacha había caído la mayor vergüenza.

—¡Enamorarse de un hombre así! ¡Qué deshonra para nuestra familia! Pero tú no has pensado en eso ni en nada. Y ahora, ¿qué pretendías hacer? ¿Adónde ibas?

—Iba a donde él está. Donde es

fácil que pueda morir. ¡Déjame que vaya, papá, déjame que vaya!—terminó implorando.

—¡Pero estás loca!

—Te lo he dicho todo. No te he mentado, y podría haberlo hecho.

—¿Y pretendes que yo te ayude? ¿Cómo has perdido la razón hasta ese punto?

—Si yo fuese su mujer, no me impedirías que marchase a salvarle, después de haberle hecho tanto daño.

—Pero no eres su mujer.

—No importa; tengo que ir donde él está. Es el único hombre con quien me casaré. Que mi condición social sea superior a la suya, no puede evitar que llegue a ser mi esposo. No, papá, tú eres un hombre demasiado bueno, y no puedes permitir eso.

El Duque le ordenó que callase. Se produjo una pausa embarazosa que rompió Vanina con redoblada valentía:

—¿Quieres que me vaya contigo, verdad? ¿No comprendes que eso sería muchísimo peor, porque, en ese caso, me verías sufrir toda

la vida? ¡Déjame ir, papá! Después... cuando nos casemos, no oirás hablar más de mí.

—Entonces, te habré perdido para siempre. Y ahora, quieres hacer de mí tu cómplice.

—Si tú quieres—insistió la muchacha—puedes hacer que todo el mundo me perdone. No me abandones—suplicó—. Es tu Vanina quien te lo pide. Es tu Vanina, desesperada. ¡Déjame ir, papá, déjame!

Roberto Vanini recordó también sus propias palabras a María Tellesqui asegurándole, por lo tenaz que era su hija, lo difícil que resultaba que pudiera olvidarle, y pensó de nuevo en su propia culpabilidad.

Y entre aquella desgarrada lucha de dolores para su alma, le dejó vía libre para que pudiera cumplirse su destino.

En plena lucha, ya se patentizan casi siempre los vencedores y los vencidos: Roberto Vanini era ahora el derrotado, pero más le dolía pensar que Vanina, la vencedora, sería a su vez vencida igualmente.

CAPITULO IX

Hacia el futuro

El duque Vanini quedó dominado una vez más por su hija y la dejó marchar a cumplir lo que ella consideraba su deber.

¿Qué le importaba tenerla junto a sí, si ello significaba condenarla a muerte?

Le animaba la vaga esperanza de que no pudiese llegar junto a los revolucionarios, y que, al retornar a su cariño, sus cuidados especiales fuesen cerrando las cicatrices a la herida de su dolor.

La muchacha subió al coche animosamente, dispuesta a correr su trágica aventura. Tal como avanzaba, pudo darse cuenta de que la difícil situación iba empeorando por momentos, pues los soldados, para reducir más pronto la resistencia, habían sustituido los disparos de fusilería por los de cañón.

Al llegar a las líneas de vigilancia, el centinela hizo parar el coche.

—Soy la hija del duque Vanini —declaró asomándose a la ventanilla.

El soldado recordó la autorización dada a su padre pocas horas antes, y le permitió el paso.

—Vamos, Guillermo—ordenó al cochero, y éste fustigó de nuevo a los caballos.

El oficial, al observar el movimiento del carruaje, acudió a enterarse de qué persona era la que viajaba por allí.

—La hija del duque Vanini. Va a su castillo.

Esta era la creencia del soldado, puesto que tal indicación se le hiciera antes, y desconocía el terreno.

El oficial no se tragó el engaño.

—El castillo Vanini está en el lado opuesto. Va al caserío de los rebeldes. ¡Pronto, una patrulla a caballo!

No tardó en estar dispuesta la patrulla de persecución, que puso a desenfrenado galope a los caballos, con ánimo de dar alcance al coche.

La maniobra fué advertida por Vanina, que se aprestó a la defensa.

—Corre, Guillermo, la guardia nos persigue. Más de prisa, corre.

El pesado carruaje iba cediendo distancia a sus perseguidores, quienes comenzaron a disparar sus pistolas para atemorizarlos.

Uno de los soldados hizo un movimiento de flanco con objeto de poder disparar mejor sobre los caballos, y el tiro lo recibió Guillermo, al intentar evitar que llevase a cabo su propósito.

—¿Estás herido, Guillermo? — preguntó asustada Vanina, que había disparado también, dando en el blanco.

—No es nada grave. No os preocupéis por mí.

—Corre entonces, Guillermo, corre. Estamos casi llegando.

Efectivamente, habían alcanzado ya la explanada que daba entrada al caserío, y los patriotas se preparaban para dejarles libre la entrada.

—¡Pedro, Pedro! — le avisó Santucci, subiendo apresuradamente hacia la torre, desde donde aquél disparaba sustituyendo al patriota Andrés, que había caído muerto—. Ya llegan las municiones. Llama a los del granero que vayan a abrir la puerta—y aun se anticipó él a dar estas instrucciones—. ¡Pronto! ¡Que vayan los muchachos a abrir la puerta!

Rápidamente se emplearon en este servicio, pues el coche, esca-

pando a la persecución, enfilaba el portalón del caserío.

Las municiones estaban ya en salvo, y Santucci acudió personalmente a recibir y felicitar a Vanina.

Bajó del coche, apoyada en su brazo.

—¿Y Pedro? ¿Dónde está Pedro? Quiero verle ahora mismo.

—No sabe que habéis sido vos.

—Pero, ¿dónde está?, ¿dónde está?

* * *

Pascual ordenó la buena distribución de las municiones y, habiendo resguardado en lo posible a Vanina, cuidaba de que la organización interior del caserío no sufriera relajación o merma, por las bajas que causaba el enemigo.

También, por aviso de Vanina, se procedió a atender al cochero, que tenía una herida en el cuello.

—¡Pedro, las municiones! ¡Ya están las municiones aquí! — le avisó igualmente, subiendo otra vez hacia la torrecilla por la empinada escalera de caracol.

En uno de los salientes fué herido en un brazo, y rasgando un trozo de su camisa se hizo un vendaje provisional.

—¿Estás herido? — le preguntó al verle de aquella guisa.

—No importa. Lo único importante es que podremos resistir.

Pedro, desde su alta atalaya, ob-

servaba los movimientos de las fuerzas sitiadoras.

—Avanzan por el bosque, Di que se refuerce el patio y distribuye allí la mayor parte de las municiones.

—Descuida. Ya lo he hecho. Tienen de sobra.

—¿Quién nos ha traído las municiones? — preguntó Pedro Mirilli con júbilo.

—Vanina. Toda la empresa ha sido posible, gracias a ella.

Mirilli suspendió todo comentario, ante el movimiento envolvente que iniciaban los soldados.

—Nos rodean. Avisa a todos que no pierdan el tiempo. ¡De prisa!

Vanina fué inspeccionando todos los puntos de defensa del caserío en busca de Pedro y, al llegar a la escalera de la torrecilla, llamó a Pascual, que bajaba excitadísimo.

—¡Santucci! ¡Santucci!

—Espere. Tengo que transmitir una orden urgente.

Le indicó aquella empinada escalera de caracol, y la muchacha comprendió que allí estaba Pedro. Comenzó a subir, medio inclinado el cuerpo sobre los peldaños, y oyó la voz del amado, ronca y firme al principio, quebrada y débil al fin.

—¡Carga, carga, carga! Carlitos, carga. Dame el fusil. Da...

Dió un grito de leona, y acudió junto a él.

—¡Pedro!

—¡Vanina, Vanina!

Se estrecharon fuertemente las manos, y se miraron los dos con ojos de perdón.

Pedro se enderezó un poco y continuó disparando. Vanina hizo bajar al muchacho, y prosiguió ella la tarea de cargar los fusiles.

Al poco rato, la parte alta de la torrecilla se desmoronaba, abatida por los cañonazos, y la caída de piedras y vigas contusionó a la muchacha.

Saltando por aquel derrumbe, Mirilli avisó a Santucci que recogiera a Vanina.

—¿Herida?

—No es nada, sólo un rasguño. Trata de ponerla a salvo. Yo vuelvo a mi puesto.

Bajó un poco más, requiriendo de nuevo la ayuda del pequeño.

—¡Carlitos, Carlitos!

El muchacho acudió pronto a la llamada.

—Aquí estoy, Pedro. ¡Viva Italia!

Iba otra vez a subir, cuando observó que, desguarneciendo los puestos de defensa, fuertes núcleos de patriotas, siguiendo indicaciones de Pascual, escapaban por el paso secreto, único punto por donde era posible ponerse a salvo.

—¿Qué sucede?—preguntó alarmado.

—Es preciso renunciar, Mirilli.

Estamos vencidos. Lo siento, pero la partida está perdida. A pesar de las municiones, no podemos resistir, y vuestro sacrificio sería inútil. Todos los jóvenes debéis ponerlos a salvo, ya que, aprovechando la obscuridad, será fácil escapar antes de que descubran el paso secreto.

—¿Y tú?— insistió.

—No; los viejos debemos quedarnos para proteger vuestra retirada. Esperaré con Miguel y algunos otros, para engañar al enemigo. Si es posible, os alcanzaremos.

—Me quedo contigo — rechazó Mirilli secamente.

—No — repitió Pascual; y la edad tenía entonces imperativo jerárquico, de mando—. Tú eres necesario para la causa. Dentro de poco, el Movimiento se extenderá por toda Italia. Los nuestros tendrán necesidad de un jefe. Tú los conoces como yo, y, por lo tanto, tú solo puedes guiarlos. Vete, Pedro, el sacrificio de tu vida sería inútil ahora.

Pedro se resistía, ante la posibilidad de continuar la empresa comprendida:

—¿Pero crees impracticable que podamos intentar algo aún?

—No, nada. —Después señaló a Vanina, medio desvanecida sobre un montón de paja—. ¡Llévatela, llévatela pronto!

El éxodo de los patriotas iba en camino, y Pedro Mirilli, con Vanina en los brazos, fué de los últimos en penetrar por el paso secreto.

Como un eco, resonaban en la bóveda del paso los tiros que cruzaban por la parte superior.

Muy lentos, como con sardina, los gritos de mando de Pascual y las interrogaciones vibrantes:

—¿Qué haces ahí, muchacho?

—He encontrado esto.

Era la voz de Carlitos, gozoso en el desconocimiento del peligro, que arrastraba un saco de pólvora.

—¡Pequeño! ¿Qué haces...?

Después nada. Ellos iban de nuevo al mundo, hacia el futuro, a la lucha persistente. Ni siquiera supieron de aquella bala certera que dejó sin terminar la pregunta que iniciara Pascual mientras salvaba al niño.

El paso secreto, trabajado durante meses y meses en la clandestinidad, llevaba lejos, a las enmarañadas encrucijadas del bosque.

Allí fueron desperdigándose todos, para no ser sorprendidos por alguna patrulla de vigilancia.

Pedro descansó un poco al pie de un corpulento pino. El vienteillo fresco de las primeras horas de la noche despertó a Vanina de su letargamiento.

—¿Ya hemos vencido? — pre-

gustó inconscientemente, tal vez asombrada de la quietud y de la paz a su alrededor.

—No, pero venceremos—replicó Mirilli.

En los ojos de los dos brilló una

luz de esperanza. El amor los unió ya plenamente. Eran la pareja feliz que marchaba, sin sentirlo, sin señalar sus pisadas en el polvo de la tierra, hacia un ideal; la libertad y engrandecimiento de su patria.

F I N

EDICIONES BISTAGNE

(FRANCISCO-MARIO BISTAGNE)

publica siempre

las mejores novelas

cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

(FRANCISCO-MARIO BISTAGNE)

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA



80

